

ni un libro ni
perdiere como much
me lo hallare ni lo sa
pa divorciar y ni lo voy
a poner aqui ni lo voy

RISA Y LLANTO.

RISA Y LLANTO.



RISA Y LLANTO.

Colección de leyendas históricas y fantásticas, cuentos tradicionales, anécdotas populares, poesías serias y festivas, charadas con sus soluciones, epigramas, canciones, chistes andaluces, sucesos sorprendentes de brujas, duendes, enanos, fantasmas, y otros animales de esta especie, y algunas comedias inéditas y originales, escrita en verso por

D. Ramon Franquelo,

autor de los **Cuentos, mentiras y exageraciones andaluzas**, con tanta avidéz leídos en toda España; de **El corazón de un bandido** primera y segunda parte; de **Doña Juana la loca**; **Dos y ninguno** y otras aplaudidas obras literarias.

TOMO 1.º

R. 17.797

ENERO 15 DE 1830.

Málaga: Imprenta y librería de D. Francisco Gil de Montes calle de Cintería, núm. 3.



1 1 1

RISA Y LLANTO.

colección de farsas históricas y cómicas, con los tradicionales, anécdotas po-
pulares, porras crías y fiestas, charlas con sus colofones, aforismos, canci-
nes, chistes análogos, sucesos sorprendentes de países, diálogos, escenas, fábula-
ras, y otros artículos de esta especie, y algunas comedias, farsas y sainetes,
escrita en verso por

D. Ramon Franduelo

autor de los Escritos, recitados y correspondientes en
el teatro, con un prólogo de D. Juan Franduelo, autor de los Escritos.
Es propiedad del autor.
En la imprenta de D. Juan Franduelo, en la calle de San Juan, número 10.

TOMO I.

IMPRESO EN MADRID 1820.

Madrid: imprenta y librería de D. Francisco Gil de Beato, calle de
Cárcel, núm. 3.

AL SEÑOR DON JOSE MARIA CORONA Y SERRANO,
del Consejo de S. M. su secretario; caballero de la inclita orden mili-
tar de San Juan de Jerusalem; de la Real y militar de San Fernando;
Intendente militar de primera clase y primer Teniente Alcalde de esta
Ciudad de Málaga, etc. etc. etc.

*A V. S. como hombre científico y protector aman-
te de las letras españolas, tengo el honor de dedicar mis po-
bres versos: ruegole pues los admita con la misma buena vo-
luntad con que se los ofrezco,*

en prenda de amistad y gratitud.

su afectisimo servidor

Q. B. S. QI.

Ramon Franquelo.

AL SEÑOR DON JOSE MARIA GORDI Y SERRANO

del Consejo de S. M. en secretario; Caballero de la orden de mi-
tar de San Juan de Jerusalen; de la Real y Militar de San Fernando;
Intendente militar de primera clase y primer teniente Alcaide de esta
Ciudad de Malaga, etc. etc.

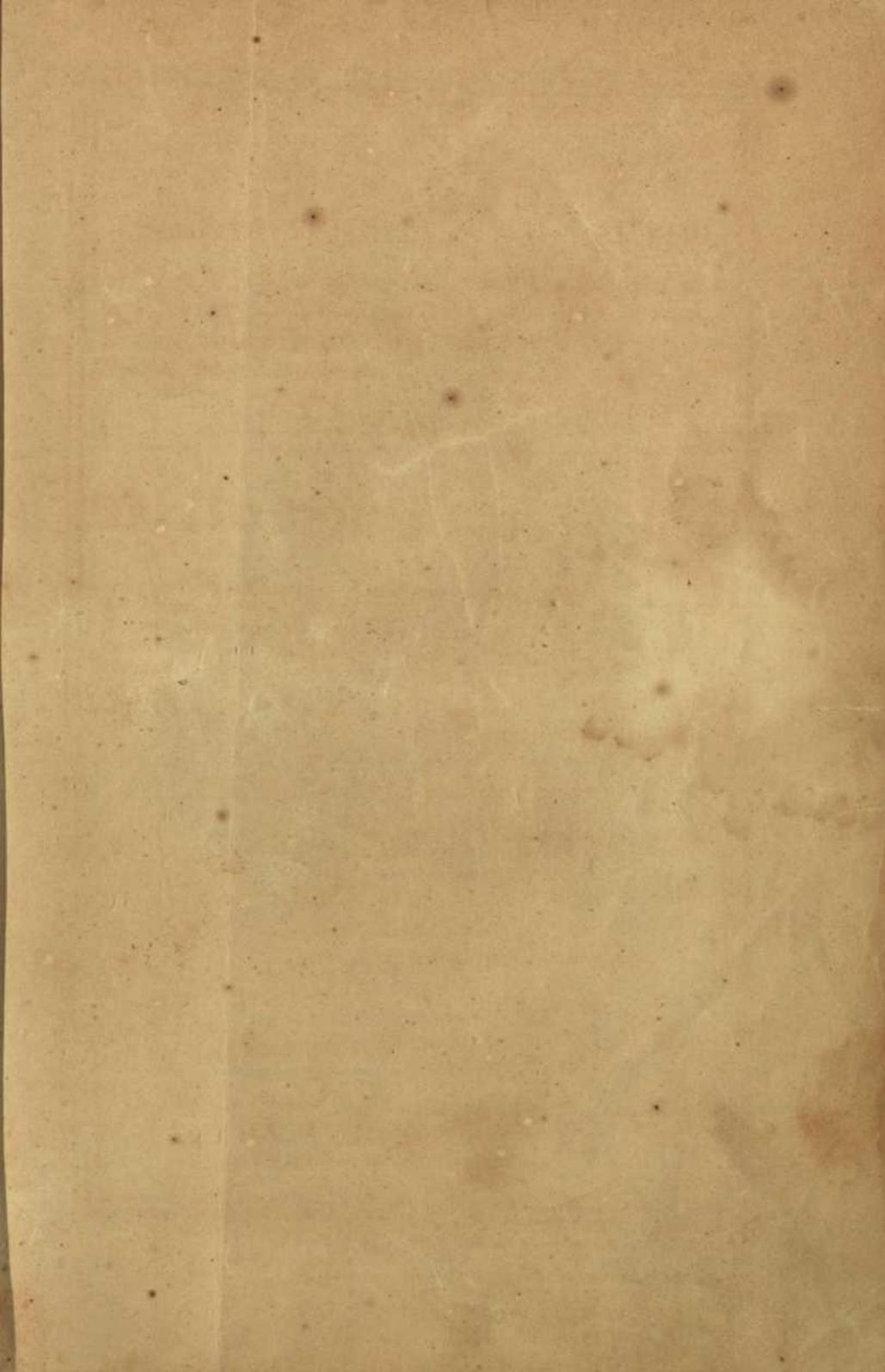
A V. S. me ha honorado con la entrega de la presente
de las cosas que se le han de dar en el nombre de V. S. para
que se le entregue para los efectos que se le han de dar
según lo que se le ha escrito.

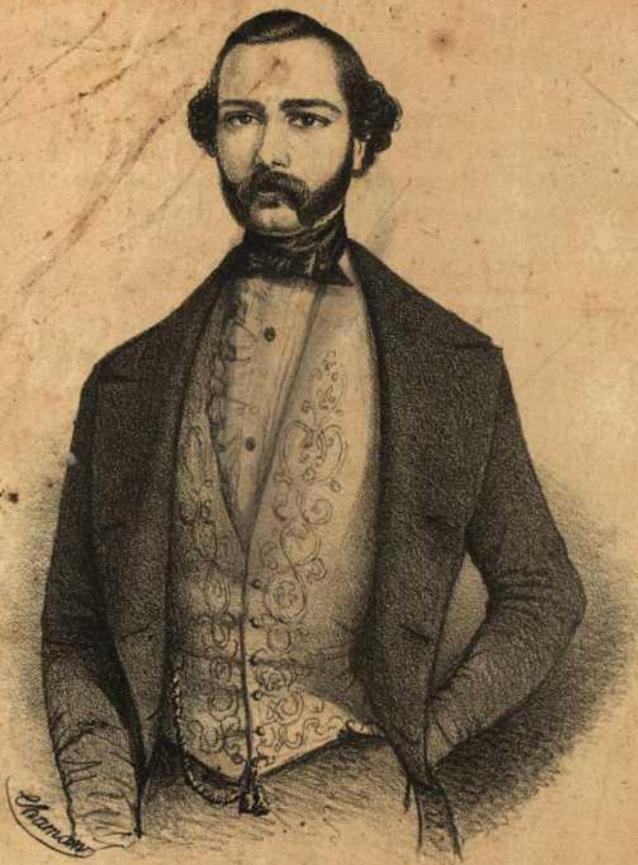
Yo el Rey en su Real Audiencia de Malaga a diez y siete de Mayo de 1764.

En su Real Audiencia de Malaga a diez y siete de Mayo de 1764.

Q. D. G.

Don Juan de S. M.





Ramon Franquelon

INTRODUCCION.

RETRATO DEL AUTOR PINTADO POR SÍ MISMO.

Si yo fuera un hombre rico,
 como lo son otros muchos,
 quizá con mas elementos
 y quizá con menos títulos,
 no dudaría un instante
 en darme por hombre sumo
 en belleza y galanura,
 sin temor de que ninguno
 saliera á contradecirme
 en algun folleto estúpido;
 pero como, por desgracia,
 mi capital todo junto
 asciende á cuarenta cuartos,
 segun mis balances últimos,

por fuerza he de resignarme
 á confesar, mal mi gusto,
 que soy un ciento por ciento
 mas feo que el negro Pluto.

El dinero...! númen sacro,
 deidad de asombroso culto,
 ante la cual se prosternan
 desde el rey hasta el verdugo:
 el dinero es la patente
 del talento mas profundo,
 las cuerdas con que se escalan
 los mas elevados muros
 y el poder con que se vencen
 los mas tenaces escrúpulos.

El hombre rico es juicioso
 noble, entendido y astuto,
 gallardo como un Adonis
 y hermoso, elegante y pulcro:
 las madres le dán sus hijas
 consatisfaccion y orgullo
 y la sociedad le trata
 con respeto sin segundo.....
 ¿que importa que ese hombre vaya
 vestido de paño burdo,
 y que niño, mozo ó viejo
 encanijado ó robusto,
 suelte un bostezo de á folio,
 que es estrepitoso absurdo,
 en la reunion mas lucida,
 del tratamiento mas culto,
 ó que lance á quema-ropa,
 con impensado exabrupto,
 á los ojos de su amada
 un insultante estornudo,
 que la deje tonta y ciega
 por mas de veinte minutos?

¿qué importa que conversando
de grave ó festivo asunto,
suelte—*estógamo, consencia,*
naide, prencipar y escúrpulo,
si su dinero le abona
para hablar bien á su gusto...?
oh! y quizás al escucharle
diga, adulándole, alguno,
—cual juega con el idioma
como si fuera á los trucos...!
No hay que dar vueltas, el rico
es sábio, aunque sea un bruto,
limpio, aunque huela á demonios,
cristiano, aunque sea moruno,
y hermoso, aunque se parezca
al mas extraño avechueho...

El pobre...! pobre es el pobre
de quien huye todo el mundo:
ente inutil, repugnante,
del que diz, como del buho,
que es depósito de males
y agorero de infortnios:
es tonto, aunque sea un sábio,
oliendo á jazmines, sucio,
moro, aunque sea cristiano
y cetrino, siendo rubio.....
tal es la verdad que corre
entre las lenguas del vulgo,
y cuando el vulgo lo afirma,
yo lo afirmo y lo aseguro,

Ahora bien! pues que no tengo
caudal ni bienes algunos,
voy á haceros mi retrato,
sin andarme con repulgos,
cual debe ser el de un pobre;
tal como al Eterno plugo

formarme, estando de prisa
y en día de grande apuro
segun creo, pues conmigo
no quiso esmerarse mucho.....

Póngome frente por frente
el espejo y lo consulto.....
van mi nariz y mis ojos
cual dos enemigos mútuos
que son cobardes, huyéndose
por un magnético impulso:
los ojos van para adentro
con empeño tan absurdo,
que he de tenerlos muy pronto
del cerebro en lo profundo,
y si mi nariz hermosa
sigue adelante su curso,
el día menos pensado
se mete en San Petesburgo.....
mi boca es puerta-cochera
por la que caben á gusto
dos galeras enfiladas
con zagal, látigo y mulos.....
mi barba.... vaya unabarba....!
es un *totum—rebolutum*:
cejas y patillas negras,
perilla y bigote rubios,
las pestañas entre-canas
y el pelo castaño—oscuro.....
pueden pintarse en mi frente
veinte escuadrones de Turcos,
batiéndose cuerpo á cuerpo
con otros veinte de Rusos.....
de las cumbres de los Alpes
son mis pómulos trasunto,
y mi color.....; Dios me valga.....!
es morenito... negruzco...
esta es mi cara en pedazos,

si quereis ver el conjunto,
 colocando las facciones,
 vereis... un gato garduño:
 mi porte, cuerpo y maneras
 á describiros renuncio,
 porque si empiezo á pintaros
 sus defectos uno á uno,
 por muy conciso que sea,
 no acabo en el mes de Junio.....
 En suma, amigos lectores,
 mas hermosos habrá muchos,
 menos engreidos, pocos,
 mas francos que yo, ninguno.

Tal es el mozo modelo,
 trovador por su infortunio,
 que hoy os ofrece el trabajo
 de sus vigiliass y ayunos.....
 ¿Decís que de el árbol malo
 no puede salir buen fruto?...
 ¿Y no sabeis el proverbio
 que dice, en verdad seguro,
 que bajo una mala capa
 suele esconderse... un embudo....?

leed, leed, ¡voto al chápiro!
 y no me andeis con repulgos;
 aquí hallaran los antojos
 pasto cabal á sus gustos;
 la coqueta, coquetismo,
 la juiciosa, juicio sumo,
 los cerebros novelescos
 fantasmas, duendes y brujos;
 los alegres *risa* y broma
 y los tristes *llanto* y luto:
 ninfas hermosas, galanas,
 hombres con alma de estuco,
 pependencias, raptos, amores,
 gozos y lances nocturnos;

en resúmen, yo os ofrezco
 daros, como vario asunto,
 en versos que valgan poco
 sucesos que valgan mucho;
 y si tras tantos desvelos,
 por agradaros concluyo,
 será para mí el contento,
 mas la corona del triunfo,
 para una hermosa hechicera
 de lábios dulces y puros,
 cuyos vivíficos ojos
 me inspiran, con noble orgullo,
 los pensamientos que brotan,
 en mi cerebro infecundo.



LA HIJA DE UN LADRON.

**Leyenda cómico-dramático-trágica,
dividida en tres cuadros.**

CUADRO PRIMERO.

EL CONSEJO.

PERSONAJES QUE HABLAN EN ÉL.

Manuel de Jesus = capitán de ladrones.
El tío Alpiste = su compadre.
Juan Retama = cartero de la compañía.
Mata-Ratas = ladrón recluta.
Siete ladrones muy feos, armados hasta el cogote.

A dos leguas de Granada
y en una selva florida
al pie de Sierra-nevada;

De sus dueños conocida,
de los demás ignorada
y entre zarzas escondida,

Habia en mil ochocientos
veinte y dos, de tiempo abierta,
una cueva en los cimientos

De la sierra, cuya puerta
los espinos corpulentos
tenian bien encubierta.

Antro oscuro y tortuoso,
húmedo, enfermizo y frio,
triste albergue tenebroso

Del criminal desvario,
del prófugo temeroso
ó del bandolero impío...

En la ocasion que se cuenta
daba mísero hospedage
á gente fiera y cruenta,

Que en torpe libertinage,
sembraban con ley violenta
en la comarca el ultrage.

Bandoleros en cuadrilla
que en su voluntad impura,
tenian cesárea silla,

Arrancada á la pavura,
lo mismo en llanos de Armilla
que en el Padur y en Otura.

De esta gente de renombre
por su fiereza y su brio,
era capitán un hombre

Que tenia en su albedrío,
Manuel de Jesus por nombre
y por apodo *el perdío*.

Hombre de las selvas hijo,
de sentimientos huraños,
buscó en ellas su escondrijo,

Y aun en sus sesenta años,
cifraba su regocijo
do quier en sembrar los daños.

Bajo, chato, y cejijunto,
de repugnante figura,
reunia en tan alto punto

De la fealdad la hermosura,
que era un horrible conjunto
de orangutan y criatura...

A los últimos de Enero
del año que vá fijado,
se hallaba este bandolero,

Dentro la cueva sentado
y cabizbajo y severo
hasta la boca embozado.

De un candil la turbia lumbre,
que su reflejo esparcía
sobre la negra techumbre,

Pintaba en su faz sombría
la rabia y la incertidumbre
y el dolor y la agonía.

De vez en cuando una mano
se refregaba en la frente,
como queriendo inhumano

Arrancarse de la mente,
algun recuerdo tirano
que le acosaba inclemente...

Sin duda á alguno esperaba
 porque con dobles anteojos
 los párpados levantaba,

Y los macilentos ojos
 siempre en la puerta clavaba
 con bien marcados enojos.

Ya empezaba en su violencia
 á agitarse enfurecido,
 dando muestras de impaciencia,

Cuando oyó al fin un silbido
 y apareció en su presencia
 un desalmado bandido.

—Venistes ya, Mata-ratas?
 gracias á Dios, arrastrao...!
 marditas sean tus patas...!

En onde, dime, has estao...?

—Quiés sabeslo? andando á gatas
 lo mesmo que un condenao...—

Tal fué el saludo primero
 que se hicieron mutuamente
 el gefe y el bandolero,

Siguiendo inmediatamente
 uno en preguntar ligero
 y otro en responder corriente.

—Pas dí ¿que ta suceio?

—naa! que ar salí de la sierra
 los guardas me han preseguido...

—Y te jarmaron la guerra?...

—así fué... mas pasé el rio
 juyendo y tomé la tierra.

—Y no te arcansaron?... —cuando,

si corro mas que una ardiya...?

ayí los dejé rabiando...

Por esos yanos de Armiya
subia yo coleando
lo mesmito que una anguiya.

—Y en Alendin estuviste?

—estuve y carta no tiene...

—Le has avisao artio Arpiste...?

—Le avisé...

—Y no se conviene?

—es de luego.

—Y tú lo viste?

—Lo ví.

—Pero viene?... —

—Viene.

—Cuando?

—Ahora mesmo.

Pus yama

ar mimento á la partia;

¿no ha venio Juan Retama?

—No.

—Pus avisa en seguia...

y guardando á esa maama

pon al rubio da vigia... —

Salió el bandido confuso

con tales disposiciones,

nunca allí puestas en uso,

Y aprobando sus razones

el capitan se dispuso

á recibir los ladrones.

A poco rato en la estancia
penetraron sin empacho
y con altiva arrogancia,

*Cañita, el Terne, Gaspacho,
Cara é poyo, Gala é Francia,
Trementina y el Muchacho.*

Siete bandidos audaces
que en su villano acomodo,
siempre en la maldad tenaces,

Sin reparar en el modo,
eran de todo capaces
y dispuestos para todo.

— Mu güenas noches, *perdío!* —
fué de los siete el saludo,
al sentarse á su albedrío;

Pero aquel triste y ceñudo,
siempre encerrado en su brío,
al mirarles, quedó mudo.

Por ello le dirigieron
algun repugnante chiste,
mas á poco se sumieron

En torvo silencio triste,
hasta que sonar sintieron
los pasos de *el tío Alpiste*.....

Era tenido este viejo
entre los tales ladrones
por hombre de gran despejo,

Y por eso á sus razones
le demandaban consejo
en las mas árduas cuestiones:

Pero su sentencia al cabo,
hija de su pesadura
y de su carácter bravo,

Como conclusion segura,
era dar una en el clavo,
y noventa en la herradura:

Mas era en su ministerio,
á los suyos tan propicio
y hablaba con tanto imperio,

Que del vandalismo á juicio,
por un oculto misterio
era el sabio *del oficio*....

Con la agilidad de un mozo
y derramando favores,
entró y quitóse el embozo,

Miró á los alrededores
y dijo al fin sin rebozo
—A la pas é Dios, señores.

—Compae! gracias ar sielo,
que estaba ya mas quemao.....
dijo Manuel con anhelo;

—Avengaséoste á mi lao
á darme pas y consuelo...
—compae Jesús! qué ha pasao?!

Y las manos estrechándose,
con siempre amistoso brio,
quedaron ambos mirándose,

Hasta que al fin sin desvío,
juntos á la par sentándose,
así prosiguió *el perdo*.

—Una pena que me ajoga
y er cora son me acoquina
y los sentios me asoga,

Y que me achucha y me encrina
á que me amarre una sogá
y me ajorque de una ensina.

—Y porque ya no lo ha jecho
compae Manué?—dijo *Alpiste*
orgullosa y satisfecho.

—Porque olavia me esiste
una esperansa en er pecho
en este gorpe tan triste.

—Pero por Poncio Pilato
larguemoste la noticia,
porque con too ese aparato,

Me va entrando una tericia,
lo mesmito que si un gato
me hubiea jecho una caricia.

—Es la pura! yo conojo
que osté tendrá ya impasencia
por conocé mi sonrojo;

Lo astimo y con deligencia
voy de mi perro tramojo
á esirle la menuencia.

He yamao á estos señores
porque de toos nesesito
los consejos y favores,

Con que, cabayeros, chito,
y ascuchar lo pormenores,
que ya mis penas gomito.—

Y enderezando *el chapeo*
y plegando *la torera*,
sin mas calma ni rodeo,

Ni dar á su gente espera,
cuando estuvo á su deseo,
comenzó de esta manera.

Manuel de Jesus.

Er caso es jeste, señores:
toos saben cuar cosa fija
de que yo tengo una hija,
que por mas seña es Olores.

Esta hija estaba en Grauá
viviendo ayí con su mae,
y der ladron de su pae
no sacordaba pa naá;

Pus señó, yo percuraba
que no le fartase inero
pa que no tuviese un pero...
porque, vamos... la astimaba;

Asi es que de cosas propias
eya tenia á miy ares,
peinetas y faralares
y bloques y cornicopias;

Y, es claro, con tantas telas
y lujo y tales ansuelos,
era er gusto é los mosuelos
y la rabia é las mosuelas...

Susedió que en esta época
gorvió der servicio el Rey
un mozeton como un güey
que se yamaba Juan Roca:

Pus señó vió á la chiquiya
 y con dares y tomares
 y palabras y cantares
 la gorbíó una blanduriya.

Vamos... que la entontesió,
 y de tar moo y manera,
 que... como la jiso é cera
 la pícara se erritió....

Entonces... sin mas ni menos...
 y sin menos y sin mas...
 pues... ar que lo trae de atrás...
 de naa le sirven los frenos...

A la fin... la encrinasion...
 er tambien es un tunante...
 y un mozo jechao pa lante...
 y ya se vé... la ocasion...

El tío Alpiste.

Compae' estasté pesao...
 acaboste.

Manuel.

Tío Arpiste,
 Si esirlo se me resiste...
 que Olorsiyas me ha esonrao...

El tío Alpiste.

Quióste cayá?

Manuel.

Con los deos!

El tío Alpiste.

Y osté de eso se enfurese?
 toos los dias que amanese
 se ven esos trapicheos.

Y á mí que too Dios se enfrasque
naa en er cuerpo se me encasna;
ar que le pique la sasna;
si le duele, que se rasque.

Manuel.

Cabayeros! que toná.....!
con que chirumen me esprica
que si la sasna me pica
me debo yo de rascá...

Compae, me rascaré
y sin tardansa denguna,
ya que er diablo ó mi fortuna
me la trujo á mi poé.

El tío Alpiste.

Qué isosté?

Manuel.

Por via er fuegol...
me orviaba é lo mejó...
naa! que Olorsiyas tomó
con Juan las é Viya-Diego...

Lo supe á tiempo y me eché
á buscar á esa caribe,
y en er serro é Montevive
á los dos los atrapé...

No pueo yo con finura
pintarle á osté too el ajinco
que sentí ar verlos, y er brinco
que me pegó la asaura;

Pero, compae, me subí
toa la color de la cara,
y sino me pongo tara
me caigo reondo ayí.

En fin se armó la quereya
y mos ensarsamos toos,
y aunque diba por los dos
no me truje mas que á eya.

Er tuno tomó er portante,
que si mi gente lo atrapa,
entonces no se me escapa
y lo pongo como un guante...

Me truje aqui la mosuela
y aquí la tengo enserraá,
y pa mas seguríá
con el rubio é sentinela...

El tío Alpiste.

Y osté ¿qué piensa jasé?...

Manuel.

¿Qué pienso...? me güervo loco...!
jasta este mimento poco
pa lo que sá menesté.

Quisiea primero picasla
y denseguia freisla,
y aluego en canár abrisla
y por la postre matasla.

El tío Alpiste.

Naa de eso está bien pensao,
y asi que osté se convensa....

Manuel. colérico interrumpiéndole.

Yo tengo muncha virgüensa
y no quieo viví esonrao....

El tío Alpiste.

Ya losé, compae Manué....
 si osté siempre la ha tenío,
 á onde se ponga *el perdío*
 ¿quién mas virgüensa ha é tené?

Pero no es ese er manejo,
 sino que osté me ha yamao,
 cuando se ha visto atracao,
 pa que yo le dé un consejo.

Pus bien, se lo voy á dá,
 ya que tengo conosencia
 del asunto; en mi esperencia
 mu bien que puee osté fiá.

¿A que viene ese timurto
 de cosas que ha dicho osté
 de freisla y de asasla...? qué!
 naa de eso paga el insurto:

Arrematar al instante
 debe sétoa la custion,
 y por mí soy de opinion
 que con matasla es bastante.

Yo se que osté con su esonra
 estará mas que abroncao,
 porque en er mundo arrastrao
 no hay cosa como la honra.

Asi pues, mas que lijero
 celebros toa su media,
 que ar sin y á la por partia
 la virgüensa es lo primero....

Yo perdono á cualquier hombre
que robe, si es con desensia,
y gasta porte y magensia
pa que respeten su nombre:

Y le perdono que espache
á quien puea á la otra via,
y que juegue por er día
y á la noche se emborrache:

Y que engañe sin cudiao
á toito vicho viviente
y que sea entre la gente
puerco, gorrón y esastrao:

Y en fin cualisquiea ofensa
si es que la jace con tono,
mas lo que no le perdono
es que no tenga virgüensa...

Esa virgüensa tan clara
que si le da el avenate,
mos pone como un tomate
los cachetes é la cara...

Por eso yo no me aspanto
de que osté pia er castigo
pa Olorsiyas, porque amigo
no semos é car y canto.

Y le digo á osté que piensa
un bien en ese queré,
pues asi jaseoste vé
que tiene muncha virgüensa.

Esta es, compae, lisa y yana
mi opinion de muncho asleuto;
ahora osté ayá en su conseuto
jagasté lo que le é gana.

Manuel.

Compae, estoy conyensio,
 porque á la fin y á la fé,
 ha jablao su mersé
 con munchísimo sentio.

Cabayeros, que esembuche,
 sin mas aviriguaciones,
 caa cuar de ostés las razones
 que tenga dentro der buche...

El Teruc.

¿Y qué tengo que isir yo
 si en las flimas que ha largao
 er tio Arpiste, ha platicao
 mejó que un percurao?

Cañta.

Es la fiija!

Cara de pollo.

sin escusal
 lo eclaro como lo sientio,
 er tio Arpiste es un portento;
 sabe mas que el moro Musa.

Trementina.

Pero qué sabe...!

El muchacho.

Canela
 es su palabra é la fina.

Gala de Francia.

Que! si tienemas dotrina,
 mir veces, que un maestro escuela.

Cañta.

Vaya un cacume y un pico...!

Gaspacho.

Pus si he de disir lo puro,
seculerum, digo y juro
 que er tio Arpiste es un borrico...

Tan dura y punzante arma
 lanzada á la faz de todos,
 esparció de varios modos
 en los oyentes la alarma.

El ofendido *erudito*
 se puso de pié ceñudo,
 y quedó, de asombro mudo,
 mirándole de hito en hito.

Y los demás con afan
 cual pidiendo un escarmiento
 á tan grande atrevimiento,
 miraban al capitan,

Cuando el tal en su braveza,
 poco á poco levantándose
 y al bandolero acercándose,
 le dijo con estrañeza.

[Mannel.]

¿Qué es lo que has dicho, Gaspacho?
 ¿eso es en chansa ú en vera?
 aclara esa esplicaera...
 ¿estás sereno ú borracho?

Gaspacho.

Yo que tengo que espricá?
 lo que solamente esprico
 que er tio Arpiste es un borrico
 y lo dicho, dicho está...

Olores porqué ha é morí
sin mas gracia ni consuelo...
¿qué ha é morí por via er sielo!
estando este cura aquí...?

Y si mis dichos serranos
no les bustan á ostés hoy,
venga gente, que aquí estoy
con la navaja y las manos...

Manuel = *convulsivo de cólera.*

Muchachos, trincaslo ahí
por via é Simon Sirindeo!
que lo mesmo que un fideo
me lo voy solo á enguyí...

Pero aunque tal orden dió
mirándolos uno á uno
con cruel imperio, ninguno
de su sitio se movió.

Y en su rabia fiera y sola
viendo tal desobediencia,
gritó, con ruda vehemencia,
martillando una pistola.

Manuel.

Coyones, le teneis miedo...
dirse, pa naá os necesito,
que voy á dejarle ahí frito
antes que diga Laus Deo.

Gaspacho, que vió formal
la contienda, y que la vida
se jugaba en la partida,
desenvainó su puñal;

Pero al ver la ciega furia
del capitan, los bandidos,
en su amor propio sentidos
por la inmerecida injuria,

Y sabiendo que Manuel,
aunque viejo, era valiente
y capaz él solamente
de asesinarle cruel,

Se lanzaron de improviso
sobre el duro compañero
que en defenderse lijero
centuplicó el compromiso.

Pero al fin, aunque obstinado
se defendió delirante,
herido asaz, fué al instante
por los otros desarmado;

Y ardiendo en saña altanera
el gefe, al verle vencido,
con acento enronquecido,
esclamó de esta manera:

Manuel.

Trincaslo bien por las puntas
los brazos y ar calaboso;
yo le juro ar guapo moso
que las pagará toas juntas.....

Sacáronle de la estancia
y cuando solos quedaron
los compadres, se sentaron
con silenciosa arrogancia.

Cada cual embebecido
consultaba con su mente,
cuando se entró de repente
en la cueva otro bandido.

Manuel.—alzándose cabeza.

Acabáras é vení...!
mardita sea te sofráma...!

El tío Alpiste.

Ola! señó Juan Retama...

Juan.

Tío Alpiste... ¿osté por aquí...?

Manuel.

Vamos, espacha, esembucha
arrastrao... ¿qué noveá...?
¿te ayegastes á Granaá?...
¿qué es lo que tan dicho?...
Juan.

Ascúcha:

En la Sudiá no he golio
noticia muncha ni poca
der tunante é Juan de Roca...
por aquí hemos concluio...

Ayer mos han pregonao
en unos pasquines... lojos...
que han releio estos ojos...
tambien po aquí he rematao...

Y ahora pa dirme ar mimento
tan solamente me sarta
sacar y darte esta carta...

Manuel.

Quién te la ha dao?

Juan.**Sarmiento.****Manuel.**

Der correo?

Juan.

La sacó.

Manuel.

Y de quién es?

Juan.

Yo que sé...

Manuel.

Pus escomiensa á lee.

Juan.

Me toca á mi?

Manuel.

no que nó;

leer á ti siempre te toca...

mira la firma primero

á vé quién firma.

Juan—leyendo.

«...la aspero...»

Y firma despues.. **Juan Roca.****Manuel.**

Es de ese piyo? por Cristo...!

y que dice ese fachenda....

emprensipia la leyenda!...

El tío Alpiste.

Tanta isvirgüensa no he visto

en mi via.

Juan—leyendo.

«Señó Manué...»

aparoste... en su... mimoria...
toitica... esta... riquiloria...
poique... tiene .. que apriendé...

Si... por la causa... de mí...
argo le pasa... á Olorsiyas...
le busco á osté... las cosquiyas...
y se vasté... á divertí...

Y si su mersé... carcula...
sugetasla... en su poé...
entonses... le jago... á osté...
que coma... tierra... sin bula...

Y á mí... poca... fantasia...
que yo... he estao... en er servicio
y me busta... el estrupisio...
que jase la artiyería...

Con que si dentro de dos...
dias cabales... en Granaá...
de güerta... Olores... no está...
pongaseosté... bien... con Dios...

Yo... la quiero... porque si...
y osté naa tiene... que vé...
señó Manué... jagasté...
lo que... le acabo é... disí...

Miste que... si me... sufoca...
jarmamos el reñiero...
pasao... mañana la aspero...
abus... y mandá... JuanRoca...»

Manuel.

¿No chasla mas...? compa-arpiste
¿qué me ise osté de ese moso?

El tío Alpiste.

Esprestarlo...

Manuel.

Que patoso!
 Miste er tonto como embiste...

Pus que no avenga er chibato
 aquí con mucha sachenda,
 porque er día que lo prienda
 lo convierto en garabato....

Se viene con relaciones
 y por poquito se esvive
 en er serro é Montevive,
 cuando me vió las faiciones. Y

Miste er ladron, encuerino,
 venirse á mí con esquelas
 é convite... treinta muelas
 se traga si me amojino....

Pus no está er tuno mu güeco...!
 á la fin, como barrunto,
 vá á ponéme á mí este asunto
 lo mesmo que un jigo seco....

Lárgate de aquí, Retama;
 dí al rubio que se espabile
 y á la gente que vigile...
 compae, vamos á la cama...

Y cuando el ladron salió
 obedeciendo su imperio,
 el capitan con misterio
 á su amigo se acercó

Y le dijo:

Manuel.

Arsé de día,
ó si vale mas trepano,
montaré en el rabiçano
y osté en la torda ú la pia;

Y cuando estemos á punto,
iremos dambos á dos
por esos campos é Dios
á platicá de un asunto...

Comparito, es un secreto
que en mi pecho está metio,
y que otavia no ha salio
pa naide de mi coletó.

El tio Alpiste.

Compae, quiosté cayá?

Manuel.

Sierroste el mislo, compae,
que cuenta aquí no me trae
que mos oigan platicá.

Mi gente es mu chavacana,
miste que yo la conojo;
con que así á serrar el ojo
y á dormir y hasta mañana...—

Y dando un soplo al candil,
en un mugriento jergon,
se echaron en comunion
con orgullo señoril;

Y sus dos almas proscritas
 diéronse con fé resuelta,
 á dormir á pierna suelta
 como dos almas benditas.



CUADRO SEGUNDO.

EL SECRETO.

PERSONAJES QUE HABLAN EN ÉL.

Manuel de Jesus.

El tio Apiste.

Doctores.

Juan Roca=*su amante.*

Gazpacho=*el ladrón.*

Aun la vivifica aurora,
con sus celages de púrpura,
temerosa en el oriente,
ruborizada y oculta,

no derramaba las perlas
con que las plantas fecunda,
de la vega de Granada
sobre la rica llanura,

cuando dos hombres envueltos
en miseras capas burdas,
con que friolentos velaban
la faz curtida y ceñuda,

y ginetes cabalgando
con descuido á la ventura,
por las orillas del Dílar
seguian su misma ruta.

Eran entrambos compadres
que en su distraccion profunda,
ni se miraban curiosos
ni se cambiaban preguntas:

así es que solo se oia
el hoque de la herradura
de las bestias, al sentarse
sobre la arena menuda...

Bastante rato anduvieron,
siempre en igual catadura,
á través de los encages
de las matinales brumas,

cuando levantó los ojos
Manuel, con saña iracunda
y escaló del ronco pecho
un ¡ay! de rabia y angustia.

De algun recuerdo enojoso
era retoño sin duda,
porque en su faz se pintaron
al par la pena y la furia.

El tio Alpiste indiferente
á señal tan absoluta
de padecer en su amigo,
no puso atencion alguna

á esta exclamacion que siempre
abre al hombre que la escucha,
en sus instintos curiosos,
la senda de las preguntas...

Aun siguieron largo espacio
atravesando las húmedas
y frondosas arboledas,
que encontraban en su ruta,

hasta que aquel ya cansado
de marcha tan importuna,
en que llevaban dos horas
al azár, sin llegar nunca,

paró de pronto la yegua
con intencion resoluta,
haciendo que su compadre
le sacase de sus dudas.

El tío Alpiste.

¿Quiosté disirme á onde vamos?
¿A Ingalaterra ú á Rusia...?
clarito, que yo lo sepa;
estamos enfrente é Otura

cuasi, y osté sin disirme
siquiera por ahí te pudras:
en qué queamos, compae?
rebientosté por san Júas!

Manuel.

He estao cuatro ó cinco veces,
compae de mis angustias,
por largarle á osté er secreto
que er corazon me ataruga;

mas, cuando er tunante ha estao
en la mesmísima punta
de la lengua, se ha gorvio
patrás, ejándome á escuras.

El tío Alpiste.

Pus bastante hemos jablaol
vamos á gorré las grupas
á la casa, y al avio
y *seculerum secula*.

Esto es ar fin y á la postre
sino lo tomasté á enjuria
porque andá á tontas y locas,
es la verdál... no me busta.

Manuel.

Abajemónos, compae,
que naide mos mete buya,
y asentaos mano á mano
le platicaré una á una

las penas de jierro ardiendo
que me están, como una cuña,
apretando las costiyas
y el estógamo y la nunca,...

Y demontando ligeros,
ya con intencion segura,
dejaron los animales
pacer de la yerba mustia,

y sentados al abrigo
de las corpulentas juncias,
que naturales crecian
en las riberas incultas

del Dilar, se prepararon,
uno á relatar la suma
de sus pesares, y el otro
á oirlos de punta á punta.

El tío Alpiste.

Ya me paese, compae,
que estamos en positura;
jirvaneosté que lo ascucho....

Manuel.

Prosupuesto que mis curpas

voy á isírselas, compae,
como si juera osté un cura;
es disí, que osté las oye
y en seguía las chamusca

dentro der pecho y á naide
le berreaste ni una.

El tío Alpiste.

Osté viva con escudio
que no lo sabrán mis uñas

siquiera; charloste presto,
que con tanta escaramusa
me andan por toa la cabeza
los sentios en patruya....

Calló Manuel breve instante,
tosió, escupió con soltura,
y dando un fiero suspiro
dijo con voz iracunda.

Manuel.

Compae, tengo en el arma
mas bujeros que una criba;
estoy seloso, compae.....

El tío Alpiste.—*con asombro.*

Osté... ¿de quién...?

Manuel.

De Olorsiyas....

El tío Alpiste.

Lo que tiene osté, sin dua,
es una jomera encima
que vale dosientos riales...
seloso osté de su hija...?

Manuel.

Ascucheosté con cachasa
esta historia de mi via,
y aluego podrá osté isirme
quien mas erecho camina...

Jase dies y nueve años
que viviendo yo en Siviya,
camelaba yo una jembra
con jachares y fatigas.

La tar andando en er mundo
tenia consigo una niña,
hija suya é siete meses,
por sierto mu rebonita.

Pus señó, me enfrasqué tanto
en jaserle cortesias...

El tío Alpiste—*interrumpiéndole.*

á la chiquiya, compae?

Manuel—*impaciente.*

á la mae... por via é Lima...!

Empecé á apretar er sitio
 y á gastá muncha saliva,
 y dale y á requiebrasla
 jasta morí ó abatisla;

y á la fin, como en er mundo
 no hay naá que no se consiga,
 cuando uno en eyo se empeña
 con firmesa y sangre viva,

logré que me ijera Curra.
 dispues é munchas porfias,
 —te querré, si pó ahí pregonas
 que mi Olores es tu hija.—

La verdá, compae Arpiste,
 á mi me paesió mu chica
 la condision, y ar mimento
 comensé á dar la noticia

á la gente y mis amigos,
 y desde aquer mesmo dia
 creyeron toos, sin rimedio,
 que era el pae de Olorsiyas....

Pasó er tiempo y en la época...
 yo no macuerdo é la fija...
 cuando el Rey quitó á su güerta
 la libertá y las melicias

y se gorvió disoluto....

El tío Alpiste—recordando.

Eso fué der dose arriba...
 me paese ser que jué el año...
 mi memoria es tan mardita....

que estuvieron las batatas
 á quince cuartos la libra...

Manuel.

Yo no me recuerdo de eso...
en fin no amporta náutica

sabé el año; en ese tiempo
mos venimos é Siviya
á Granaá; porque el trabajo
caá ves menos se jasía.

Pus señó, en Granaá tampoco
púe yenar la barriga,
y entonces dije—ar camino
que es ancho y trabajos quita.—

Me eché ar mundo, y como pasa
á toítico er que prensipia,
en los meses primerisos
las cuentas no me salian;

mas no por esto escudiaba
de mantené la familia
y... ¡compae de mi armal,
poniéndose Olores iba

caá ves mas, como una rosa,
mejó que una claveyina,
mas erecha y con mas garbo...
y mas graciosa y mas limpia..!

Compae, que poco á poco
me fué metiendo la endina
en er pecho mas candelar
que ensiende una jerreria..!

Yo, ya se vé, por la mae
me andaba por las oriyas,
sin atrieverme á largasle,
la rason de mis fatigas;

y cuando á la fin pensaba
empriendé la cuesta arriba,
me encuentro que Juan de Roca
la agarrá y me la conquistau...

Y si no ando yo lijero
y sé prestó la noticia,
se la yeva por esos mundos
y me queo yo *per ista*...

¡Santo Cristo é los sielos!
me está ajogando la ira!
y yo la quiero... compae...
la quiero con toa la via...

El tío Alpiste.

Compae Manué, mas cachasa...

Manuel.

si los selos me asesinan...
y ha é quererme ó por la vinge
que á puñalás la hago astiyas....

El tío Alpiste.

Eso es aparte, corriente!
la vengansa es premitia;
pero señó, poco á poco...
miste que como osté siga

así con tantos berrinches
y tantas rabias encima,
se vasté á queá mas flaco
que un pagaré é lotería.

Manuel.

Y ¿qué jago compa-arpiste?

El tío Alpiste.

Hembrel la cosa me armira...
me ha puéstosté con er cuento
poco menos que en capiya...

Miste salirme á la postre
con que Olores no es su hija...!

Manuel.

Que no lo sépan, compae
ni las ánimas benditas...

pues juré no isirlo nunca
y quiero cumplí mi firma.

El tío Alpiste.

Y eya lo sabe?

Manuel.

Tampoco.

El tío Alpiste.

Y entonses... por via San Dimas!

¿como quiosté que lo quiera
si la mugé está engreia
que es hija de osté?... pa eso
sa mesté que se lo diga.

Manuel.

Es la pura! osté, compae,
de mis tramojos malivia...
pero ¿y si me espresia?...

El tío Alpiste.

Entonses
pacencia y tragá saliva;

Y eso será lo más fijo,
 porque eya es mu rebonita
 y osté es un viejo mas feo
 que la estampa é la heregia.

Manuel.

Compae! vásté á abroncáme?..
 tras qué estoy jechando chispas.

El tío Alpiste.

Naa, cachasa...! que las cosas
 jamas salen bien é prisa.

Osté le cuenta la historia
 y sus penas le gomita,
 á ver si pueosté ablandasla
 con empeño y rogativas;

y si á la fin y á la postre
 no entra por uva, y se encrina,
 jaseosté lo que le hé gana,
 y la deja ó la espabita.

Manuel.—*reflexivo*—

Lo mas malo es que en la cueva
 la gente está prevenia...

El tío Alpiste.

Que isosté?...

Manuel.

Naá, que Gaspacho
 anoche se jechó ensima

como osté vió, y en er lanse
 eso me dá mala espinay
 porque, ya se vé... los otros
 son amigos y lo astiman...

¿Qué jaria yo...? naa! ya caigo!..

El tío Alpiste.

Compae ¿qué argarabia
es esa que estasté isiendo?

Manuel.

Ah! jal jal pues!.. ya está lista...

Digasté, compae Arpiste;
pa cuarquiera chamusquina
¿cuento con osté?

El tío Alpiste.

De juro.

Manuel.

¿A cuarquier hora?

El tío Alpiste.

De dia

Y de noche.

Manuel.

Pus corriente!

se acabó, vamos arriba,
y tomemos er portante
que ya er só mos atosiga.

El tío Alpiste.

Pero ¿cuales son sus planes?

Manuel.

No los pueo isir otavía:
aspéremosté esta noche,
en frente é Gavia la chica,

á las seis ú seis y cuarto
ayí ebajo é las ensinas
ó junto al álamo negro,
que á la mesma hora presisa

cairé yo, sin farta arguna,
ar mesmo punto é la sita.

El tío Alpiste.

Pero ¿qué es eso que piensa...?

Manuel.

No preguntosté ni chispa.

¿Yrá osté ó nó?

El tío Alpiste.

¿Quién lo dúa?

Manuel.

Y si osté me necesita
otra ves...

El tío Alpiste—interrumpiéndole.

Jasta la noche.

Manuel—dándole la mano.

Compae, jasta la vista.

Y montando al mismo tiempo
con prontitud inaudita,
Manuel en el rabicano
y su compadre en la pia,
emprendieron de regreso
por las márgenes del Dilar,
en cuyas aguas brillaba
ya del sol la luz activa;

y á pocos pasos tomaron
 el uno para su villa,
 y el otro por el sendero
 que á la cueva conducia.

Cuando Manuel y su amigo
 de la campestre mazmorra
 salieron, antes que el alba
 rasgase las negras sombras;

y mientras en duro silencio
 caminaban sin zozobra,
 atravesando juncales
 y febles pitas frondosas,

y luego, en rudo coloquio,
 uno contaba su historia
 y otro chusco le argüia
 en la cuestion sin lisonja,

pasaba oculta ignorada,
 en la cueva misteriosa,
 una escena interesante
 y asaz en dolores pródiga:

escena que en fiel relato
 con sus circunstancias todas,
 vá á describir la leyenda
 cual precisa aclaratoria.

Abierta á pico en la cueva
y de irregulares formas
habia una pieza estrecha,
sucia, inhabitable y lóbrega,

destinada para encierro
de los que, en su dicha corta,
cayesen en el dominio
de la vandálica tropa.

Allí *Gaspacho* encerrado,
después de la lucha briosa
que sostuvo, defendiendo
á una muger pobre y sola,

pasó la noche en vigilia
y buscando en su memoria
un medio bueno y plausible
que salvase aquella moza

de los infames proyectos,
de la venganza traidora,
que al capitán sugería
su dura y paterna cólera.

Así se le fué la noche
entré el miedo y la zozobra,
hasta que vió á los compadres
salir juntos á deshora,

y entreviendo en esta ausencia
alguna trama diabólica,
resolvió llevar á cabo
su pensamiento y su obra.



Se levantó cuidadoso
 y con intencion heróica,
 olvidando sus heridas,
 cuanto pequeñas, incómodas,

salió cáuto y receloso
 de su infestada mazmorra,
 y creyendo en el silencio
 dormida la gente toda,

de puntillas se introdujo
 en la pieza tenebrosa
 en que Dolores estaba
 dormida tambien y sola.

De una linterna al reflejo
 que mas que luz daba sombras,
 miró serena y tranquila
 la bella faz de la moza...

Era Dolores morena
 pero de célicas formas
 y en su sueño habia tomado
 posicion tan seductora,

que dió lástima al bandido
 devolverla la memoria,
 para despertar en ella
 el pesar y la congoja.

La contempló breve instante
 con ánsia desgarradora,
 hasta que al fin recordando
 que era causa perentoria

la que allí le conducía,
con acción callada y pronta,
la sacudió varias veces
con violencia y despertóla...

Cual abre el rojo capullo
la purpurina amapola
con el matinal rocío,
de la soñolienta aurora,
así abrió los negros ojos,
de dulces encantos copia,
la pobre y triste Dolores
quedando muda y atónita.

Se incorporó velozmente
y mirando con zozobra
un hombre desconocido,
si bien de faz bondadosa,

que absorto la contemplaba
con expresión amatoria,
á su vez fija y temblando
quedó mirándole absorta.

Así estuvieron solícitos
y sin desplegar las bocas,
hasta que entabló *Gaspacho*
la plática en esta forma.

Gaspacho.

Olores, habla bajito
que no quiero que mos oigan:
sabes quien soy?

Dolores.

Ni por pienso.

Gazpacho.

Pus vengo é parte é Juan Roca.

Dolores—sobresaltada.

Tú?...

Gazpacho.

Yo, y ascúchame presto
con tranquiliá y pachorra,
que sá mesté pa el asunto
sonsoniche y precautoria.

Dolores.

Pero que pasa, Dios mio?

Gazpacho.

Que quieén matarte, paloma.

Dolores—temblando.

A mí ¿porqué?...

Gazpacho.

¿No lo sabes?...

Dolores.

Y ¿quién esa maniobra
quieé hacé conmigo?

Gazpacho.

Tu pae:

Dolores—con un grito.

Mi pae...? ¡misericordia!

Gazpacho.

Aguántate por la buena,
mia que me pierdes, cachorra...

Anoche se ha eterminao,
y yo he sio la presona
naa mas que ta defendio...

Dolores.

Y cuando jarán la obra
de matasme?

Gazpacho.

No lo sabo...
pero sea á cuarquier hora
que sea, no tengas mieu,
no fartará quien se oponga.

Dolores.

Y en onde está mi Juanico...?

Gazpacho—con amargura.

¡Por via la maestransa é Ronda...!
con qué tu Juanico...? ascucha
y vamos á lo que amporta.

En cuanto se ispierte el rubio
que es er que aquí te custodia,
escomiensas á sercarlo
con dengues y requilorias,

y miráas y palabritas,
que caa una pese una arroba:
si entra en er toro que es fijo,
y te camela y te ronda,

entonses sale mi juisio,
que es tener entre esta tropa
otro moso que te esienda
si er negocio se empeora.

Delores.

¿Yo requiebrar á ese hombre
que tiene jocico é sorra...?
que me maten treinta veses
antes que jaga tar cosa.

Gazpacho.

Olorsiyas, que te pierdes;
jaslo presto y no seas tonta,
mia que tu pae ha salio,
y sino se me inquivoca,

ha dío á Alendin ó á Gavia
á recojé una pistola
que le estaban gobesnando...
con que carcula la groma...

Delores—con violencia.

¿Qué me quices disí con eso?...
Ayl ya compriendo la historia...
que vá á matasme con eya...
¿no es verdá?... pus bien! mi boca

dirá too lo que tu quieas,
y aunque paese una mona
le diré que es mas bonito
que el cojoyito una rosa;

pero que á mi no me maten,
te lo pio per la gloria,
¿qué delito he cometío
pa una peniya tan gorda?...

Por Dios! por Dios...! jecha cuentas
y busca treinta presonas
que me saquen de este ensierro,
que me enrita y me sufoca...

Y la infeliz sollozante,
con las ideas medrosas
de la muerte, de rodillas
cayó, á desmayarse prócsima...

Y en verdad que en ese instante
estaba tan seductora,
que no es raro que el bandido
borrando señales torvas

en su faz, la contempláse
con tierna emocionatónita,
ni que concluyese altivo
por esclamar con voz sorda.

Gazpacho.

Alevanta sin cudiao,
que por via é la Verónica,
han de espeasarme primero
que te toquen á la ropa.....

Olores, yo te lo juro;
sigue mi consejo ahora
y á Dios, que en medio der campo
me está asperando Juan Roca.

Dolores.

¿Qué me has dicho? ¿vas á veslo?

Gazpacho.

Y presto que er dia asoma:
acaba...! quiees de tu parte
que le diga alguna cosa...?

Dolores.

Cuéntale toas mis ansias
mis peniyas y congojas;
dile que venga á librasme,
si sá meneste, con tropa:

Que por ér estoy pasando
 las é Cain, que me sobra
 la goluntá pa quereslo,
 y dale munchas memorias....?

¿No podiera yo ir contigo...?

Gazpacho.

Aguántate y no seas tonta:
 jas lo que te he aconsejao
 y eja que yo lo componga....

Á Dios, Olores y chito....!

Dolores.

Gorveré á verte?

Gazpacho.

Ni en groma:
 lo que es dentro de la cueva
 no hay que pensar en tar cosa.

Dolores.

Y dispues...?

Gazpacho.

Dispues veremos....
 cuando en libertá te ponga
 si acaso; mas por de pronto
 á Dios que apunta la aurora.

Y saliendo presuroso
 de la subterránea alcoba,
 subió por la oscura rampa
 que, baja de techo y corva,
 á la puerta conducía,
 con la intencion valerosa
 de salir al campo libre,
 bien á bien, ó á cualquier costa.

Como era costumbre, estaba
un bandido á todas horas
de centinela en la puerta
guardando la hacienda *propia*:

con él tropezó Gazpacho
y hubieron de armar camorra,
porque aquel abiertamente
se opuso á la escapatoria:

mas fueron tantas y tales
las mil razones de monta
que improvisadas le espuso
el herido en pró y en contra,

que el guarda al fin convencido
de causas tan imperiosas,
fraqueándole la salida,
se reconoció en derrota.

Ecsigióle sin embargo
juramento en toda forma,
de que su vuelta seria
callada, ignorada y pronta.

Así lo juró el amigo
del seductor Juan de Roca,
y armado de su escopeta
y de dos fuertes pistolas,

tomó la selva adelante,
cuando empezaba la aurora
á dar al mundo los rayos
de su lucífera antorcha.

No muy lejos de la cueva,
entre un matorral espeso,
y al pié de un añoso chopo
solitario y corpulento,

al amanecer el día
del mismo anterior suceso,
se via un hombre sentado
y en fija actitud de acecho.

Calzon de punto celeste
trenzado de extremo á extremo;
la bota respunteada
y el zapato blanco y recio;

Botonadura de plata,
zamarra con cabos negros;
capa, aunque burda, lujosa,
con vueltas de terciopelo,

y un pañuelo en la cabeza
atado bajo el sombrero,
era el traje de este hombre
que en su ansiedad y recelos,

tenia sobre el gatillo
de una escopeta los dedos,
para prevenir sin duda
cualquier acometimiento.

Inmóvil, fijo, y curioso
dirigia con despecho
los negros y avaros ojos
hacia un trillado sendero,

que á partir de donde estaba
seguia, en camino recto,
por la falda de la sierra
y entre los espinos secos.

Quizás aguardando á alguno
que tardaba en sus deseos,
comenzaba á impacientarse
con notable desaliento,

cuando un ruido confuso,
cual de pasos á lo lejos,
llegó sordo á sus oídos,
reanimándole en su empeño.

Se levantó presuroso,
aunque siempre con misterio,
y al sentir ya mas cercano
de los pasos el golpeo,

preparando la escopeta
firme, valiente y resuelto,
preguntó—¿quién va?—y un hombre
se le encaró al mismo tiempo.

Verle y desmontar el arma
y al par salirle al encuentro,
fué cosa de un solo instante
en el que estaba de acecho.

Sentáronse al pie del chopo
con precaucion y silencio,
y hablando á su vez entrambos
esta plática emprendieron.

El que esperaba.

Ven, asientate á mi lao
y chasla, por via er cielol
que ya estaba como un gato
acosao por un perro.

El que llegó.

Jabrá quién ascuche?

El que esperaba.

Naide;

está too como un esierito;
con que ¡por Cristol! platica
que me tienes medio muerto.

El que llegó.

Juan Roca, bien pues creerme,
soy tu amigo verdaero,
cuando anoche y ahora poco
por tí he jecho lo que he jecho.

El que esperaba.

Gaspacho, ya yo sabia
que eres un moso completo,
y por eso en tí he fiao
mi esperansa y mi contento:

Por eso cuando tu gefe,
que no quiere ser mi suegro,
me arrebató en Montevideo
á mi gloria y mi lusero,

te busqué pa confiarte
de mis penas er secreto,
y pa que tu me gorvieras
á los brazos é mi dueño...

El bandido que le oia
triste, cabizbajo y sério,
al escuchar estas frases,
daño sin duda le hicieron,

porque alzando la cabeza
miró á Juan con desconsuelo,
y dando al aire un suspiro
le respondió con esfuerzo...

Y pues ambos conversando
sus nombres han descubierto,
continuarémos la historia
señalándolos por ellos.

Gazpacho.

Ascucha, Juanico; anoche
Manué, yo y los compañeros
mos juntamos en la cueva
pa tratá del escarmiento

que se le daría á Olores
por lo que contigo ha jecho:
tamien estuvo er tío Arpiste
dándonos ayí consejos,

y er finiquito der lanse
 jué disir, toos prosupuesto,
 que iban á matar á Olores
 sin dejasla otro consuelo...

Juan—arreatado.

Y ¿la matarán, Gaspacho?
 ¿serán capás de jaseslo?
 ¡juy! Dios mio! si eso juera,
 no le quearia á ese viejo,

diente ni muela en la boca,
 ni en toa la moyera un pelo,
 ni cuerdas en er gasnate,
 ni costiyas en er pecho;

con la punta é mi navaja
 lo habia de dir jasiendo
 mas miajijas, que garbansos
 dán por mir riales y medio.

Gaspacho.

Verás, Juanico; yo solo
 me alevanté con salero
 y dije que ar que pusiera
 sobre Olorsiyas los deos,

le arrancaba de un bocao
 la muela er juicio, y aluego
 me lo comia por sopa
 sin jecharlo en el puchero.

Juanico, se jarmó una...
 ensima é mi se vinieron,
 mas yo saqué la navaja
 y á este quiero á este no quiero,

cuando percaté la cosa
me ví tendío en er suelo
y amarrao por los brazos
y jerío y medio muerto.

Juan.

De veras?

Gazpacho.

Mira.....

Juan.

Dios miol
sangre tienes en er pecho...
¿con qué podré yo pagarte
tantas finesas y estremos?...

Gazpacho.

Con náa, Juanico; ya sabes
que yo la via te debo,
es de que tu me sarvastes,
siendo sordao, en er Puerto.

Aemás, amigo, otra cosa
hay en mi comportamiento
pa que yo liberte á Olores
con goluntá y con empeño.

Yo y su pae una mañana
salimos ar trapicheo
los dos solos, y á la legua
cayó un chapús é los güenos.

Cuatro presonas en coche:
un señó mu peripuesto,
su mujé, por lo que ijo,
el ama y un niño é pecho.

Los robamos y á la postre
yeno de corage er viejo,
se empeñó en matar ar niño
que estrujaba entre los deos.

La verdá, me dió lastima
y le rogué con mir ruegos
que lo ejára, y er mu ligre,
lo egoyó como un cordero...

Es de entonses jise er voto
de aveugáme der mu perro,
y me avengaré sin dua
que er tiempo es largo y hay tiempo...

Adios, Juan, que me las guiyo.

Juan.

Y dí ¿cuándo mos veremos?

Gazpacho.

Esta tarde á la caía
de la tarde y aquí mesmo.

Y descudia que á esa jembra
dejasla libre te ofrejo,
si ahora mesmo po la vínge
me jases un juramento.

Juan.

Cuar?

Gazpacho.

que en er punto y la hora
que te entriegues é su cuerpo,
has é casarte con eya
como nos manda er Pae eterno.

Juan.

Te lo juro; cabarmente
ese es toítico mi empeno.

Gazpacho.

Adios Juan; jasta la tardé.

Juan.

Adios, amigo, hasta luego.

Fin del cuadro segundo.

CUADRO TERCERO.

LA VENGANZA DEL BANDIDO.

PERSONAJES QUE HABLAN EN ÉL.

Dolores.**Manuel de Jesus.****El tío Alpiste.****Juan Roca.****Gazpacho.**

Ya el sol en su carrera
 iba menguando su brillante lumbre,
 el día señalado
 en la historia veraz que se relata,
 y robando á la vez con su tibieza
 á los limpios arroyos bullidores,
 su movable cristal de azul y plata,
 y á las silvestres flores
 su aromada frescura y sus colores,
 cuando Manuel llamando á sus *leales*,
 á la lóbrega estancia dó vivia,
 con hipócrita faz en que se via
 trasparente su arrogancia fiera,
 despues de breve pausa
 habló por conclusion de esta manera.

—Cabayeros, despues é lo que anoche,
 aquí chaslamos toos, he platicao
 con mi compae Arpiste der asunto,
 y habemos acordao,
 que á cuarquiera presona
 por la primera ves se le perdona:
 aquesto quieé dici que dende luego
 queá libre Olorsiyas der castiga
 que disimos aquí que merecia,
 y en su lugá yebándola conmigo
 esta tarde á Graná, diré á su mae
 que la jeche un sermon y la reprienda;
 y si é su burra por la fin no cae
 y sigue y no se inmienda,
 ¡ará lo mas mejó su mesmo pae...
 así pues aviarme er jeresano
 si el *terne* no lo acupa,
 que pa yegar á la sudiá trepano
 yevaré á la mosuela en la gurupa:
 y pa que naide en er negocio puea
 escontento queá, ni tenga agravio,
 yo perdono tamien á ese tunante
 que anoche con aprieto,
 se me subió á las barbas sin respeto.»

Todos en confusion dieron aplauso
 del audaz capitan á la medida,
 porque los hombres torpes en el mundo,
 si adoran por oráculo á un muñeco,
 autómata de faz fiera y altiva,
 cuando dice que *no*, le gritan ¡bravo!
 cuando dice que *sí*, le gritan ¡viva!
 por eso en su liviana efervescencia
 los duros bandoleros,
 cuando Manuel airado

dió de muerte á Dolores la sentencia,
 acordes aprobáronle su encono,
 y al librarla despues de aquel castigo
 en union le aplaudieron su clemencia:
 uno tan solo murmuró enemigo,
 quizá mas pensador ó mas taimado,
 —si tu, siendo tan malo la perdonas,
 sabe Dios ó er demonio que te quéc
 dentro de las entrañas; por mi parte
 pa er tonto que te crea. —

Era Gazpacho que salió entre todos
 libre tambien de la funesta saña
 del capitan bandido,
 demostrando en la faz una alegría,
 que ni crédulo allí ni agradecido,
 por las dadas mercedes la sentia.

Un momento despues *el jeresano*,
 potro andaluz de prepotencia y brio,
 al paso caminaba por la selva
 á Dolores llevando y á *el perdío*:
 él delante malébo y sombrío,
 dado á sus reflexiones imprudente,
 y ella detrás alegre y placentera,
 revolviendo ilusiones en su mente,
 ni una frase cambiábanse siquiera,
 en su largo silencio indiferente:
 así es que en sus ideas embebidos,
 para los dos fatales,
 no advirtieron que un hombre agazapado
 por entre los silvestres matorrales,
 lijero, previsor y recatado,
 con sin igual porfia,
 sin perderlos de vista les seguia.

Largo rato marcharon sin reproche,

atravesando arenas y juncales,
 cuando empezó la soñolienta noche
 á desplegar sus tules funerales.
 Dolores hasta entonces embebida
 en sus dulces brillantes ilusiones,
 volvió de su tirano arrobamiento
 para pensar en que al morir el día
 á su hermosa Granada llegaría:
 siguió en silencio pues todo el camino
 y cuando, pobre, la ciudad creía
 en breve atravesar, paró de pronto
 el caballo Manuel, y dando un brinco,
 desmontóse callado y con presteza,
 bajándola en seguida
 de la grupa también con ligereza.

Miró en su derredor estupefacta
 y hallóse entre punzantes matorrales
 y entre chopos, caducos protectores
 de frágiles asaz cañaverales:
 ningún eco mortal allí se oía;
 solo vió la infeliz entre la sombra,
 un hombre medio oculto y embozado
 que ó dormía veráz, ó de asechanza,
 en el tronco de un álamo sentado,
 ni se movió al llegar los caminantes,
 ni dió señal de haberlos estrañado.

Dolores de temor y asombro llena
 no acertaba á pedir esplicaciones
 de la terrible, inesperada escena,
 cuando Manuel con voz atronadora
 exclamó—Tío Arpiste...? ya yegamos;
 alevántese osté que á esta morena
 vamos á convensesla en un mimento
 de la pura verdá sin cumplimento.—

Levantóse el tío Alpiste, que era el hombre
sentado al pié del álamo, y llegando
á su compadre audaz, lleno de celo,
contestó, campechano, saludando,
—vengan ostés con Dios y en gracia er sielo.

Murieron las floridas ilusiones
de la pobre Dolores y en su mente
brotaron por encanto,
ideas de dolor, de muerte y llanto:
fija, inmóvil miraba amedrentada,
con estupor y espanto,
á los dueños fatales de su suerte,
de quienes no aguardaba otro consuelo
que aterradora muerte,
cuando Manuel, tomando la palabra
y dirigiendo su final querella
primero á su compadre, luego á ella,
habló á su vez con arrogante imperio,
aclarando el terrífico misterio.

—Mis palabras, compae, una por una
vaste á escuchá sin mío,
y á dejáslas metías en su chola
jasta que abaje san Juanico er deo:
lo he querido traér aquí conmigo,
sin que en naílica mis razones due,
pa que sirva en la cosa de testigo
y pa que á mas con su sabé me ayúe...

Veinte años cabales, jase Olores,
que venistes ar mundo, y veinte años
que yo te estoy quiriendo con fatigas,
jechando los reños.

Eras tu mi pensar y mi delisia,
me paesia pa tí la groria poca,
y cuando estaba en tí mas enfrascao

tomates er portante con Juan Roca...
 no me quieo acordá... te he perdonao,
 y sabes porqué es?... porque ar mimento
 no güervas á pensá en ese arrastrao
 y pongas tu cariño,
 en mí, ya que me tienes embobao...
 Yo te quiero, te adoro, con la vía;
 estoy loco por tí; pienso en tu cuerpo,
 durmiendo y por la noche y por el dia:
 yo te daré mi arma y mas metales
 que en la tierra se crián, y mas flores
 que menean quinientos vendabales:
 y si á la postre tu queré consigo,
 mánda, tú eres el ama, yo el criaio,
 si quieres mas me casaré contigo. —

Dolores que al principio aun con asombro
 escuchaba á su padre, no juzgando
 que naciesen sus frases de otro afecto
 que del paterno solo en que creia,
 al oír las palabras postrimeras
 que la dijo en su ciego desvario,
 lanzó un grito de espanto, de desvío,
 y repeliendo el criminal proyecto,
 y temblando á la par por su ecsistencia,
 exclamó con frenética vehemencia.

—Dios mio! ¿estasté loco? ¿yo quereslo
 pa casarme con ér? ¿cuando se ha visto
 que se case argun pae con su hija?...
 —ve osté ahí la rason ¡voto vá Cristo!
 de lo que ije á osté.. pues..! es la fija..—
 interrumpió á Dolores el tio Alpiste
 hablando con Manuel—si la muchacha
 lo tiene así metio en la moyera
 y en la sangre, en er güeso y en la masa:

aclarosté á la fin la esplicaera;
 pero aspacio, compae, con cachasa.—
 —Que aspacio, ni que truenos, ni querayos!
 —gritó Manuel con iracundo acento.—
 si tengo en las entrañas mas torsias
 que en el infierno gastan toos los dias...!
 sabe, Olores, por fin y acabamiento
 que yo no soy tu pae,
 pus tenias mu serca é dose meses
 cuando tuve que ver yo con tu mae:
 ya lo sabes y ó dejas á Juan Roca
 y me quieres á mí dende este punto,
 ó con esta navaja seviyana
 te arreban el piscueso de manera
 que no ayegues con via ni á mañana.—

La muger en su fiero desamparo,
 al escuchar el hórrido secreto
 y la amenaza atroz que le siguiera,
 acogióse veloz al solo amparo
 que tenia en su suerte lastimera:
 al compadre, testigo imperturbable
 de escena tan odiosa y detestable.
 Manuel que vió la accion, creyendo en ella
 una firme repulsa, vengativo
 abrió el arma fatal, yendo al momento
 á consumir su torpe juramento:
 pero en vano lo osó; certero y pronto
 sonó un tiro cercano,
 disparado sin duda á corto trecho,
 por hábil ojo y adiestrada mano,
 porque sin ecsalar queja ninguna
 cayó muerto el tirano
 bandolero traidor y viejo torpe,
 infame y homicida,

que así tan de repente
pagó sin caridad é impenitente
las culpas todas de su infanda vida.

Imposible es pintar con sus colores
la emocion, la sorpresa, el sentimiento,
el horror á la vez, que en fiera lucha
se alzaron en el alma de Dolores
cual torbellino súbito y violento.

El tio Alpiste á su vez ácobardado
miraba enderredor y al cuerpo inerte
de Manuel de Jesus, quizá temiendo
sufrir la misma suerte,
cuando un hombre saltando la maleza,
por llegar á su fin con mas presteza
en medio de los tres lanzóse altivo
esclamando con tono vengativo.

—el hombre que en su porte, tigre y fiera,
á un niño no perdona,
debe morir ar fin de esta manera.

—*Gaspacho*, ¿has sio tú?—con un impulso
dijeron á la par el viejo Alpiste
y la pobre muger—¿tú lo has matao?

—Yo!—replicó el bandido con orgullo—
yo lo he matao, y qué? no era tu pae
y no lo puees sentir; aemas, Olores
te ofresí libertarte de sus manos.
y si no lo achicharra mi escopeta
te diban á matar los dos viyanos...

Tio Arpiste...! por via é las estreyas,
que si no tomasté camino alante
mas presto que la vista, en er mimento
le pego á osté un balaso
que quepa en er bujero un regimiento...
á juir...! que lo espresio y no lo abraso

porque es osté un jumento;
y si osté de esta muerte se berrea
con árguien en er mundo, lo espeaso.

El asustado viejo, que se viera
con adversario tal no muy seguro,
juzgó *lo mas mejor* y mas prudente
brincar sobre su torda diligente
y sin dar á ninguno adios siquiera,
en el camino oscuro
y angosto de Alendin echarse al cabo,
con temeroso afan, á la carrera.
Sola Dolores con el hombre bravo
á quien debiera libertad y vida,
y en medio de los campos y á la hora
en que el aura liviana y atrevida
va de las flores al pintado broche,
robando los perfumes
para aromar las sombras de la noche,
tembló otra vez, porque en fin alde cuenta,
al bandolero audaz desconocia,
y al vérsese delante
no mas de su intencion allí sabia,
que era segun, decia,
amigo de su amante.

Clavó en él las pupilas con empeño
y le vió doloroso y palpitante
que inmoble y fijo con angustia en ella,
la miraba convulso y jadeante:
fué la primera á hablar, mas el bandido
un ¡ay! lanzando rasgador y seco
del pecho enronquecido,
la dijo al fin, ahogando en sus entrañas,
los ecos de su acento dolorido.
—Olores! ya estás libre, dime ahora

que jago yo por tí, ¿quiées que te yeve
 en er potro á Graná? ¿quiées que vayámos
 á buscar á Juanico y que... ¡Dios mio!...
 en fin, no hay que disir; si jise er voto
 y está medio cumplio,
 lo quieo arrematá: mánda! qué jago!
 no lo pienses siquiera, cuarquier cosa,
 y veras si soy hombre desidio
 y con arma de punta y valerosa...
 por tí me subiré á los mesmos sielos
 y por tí, si es preciso, pobre niña,
 soy capás de ir á Roma paso á paso
 y robasle ar Pae Santo la basquiña:
 too por tí, porque tienes en la cara
 y en er cuerpo y en toos tus menesteres,
 mas grasia y mas salero y mas caráite
 quetienen toos los hombres y mugeres...

Iba sin duda á proseguir osado
 en su empeño el ladron, cuando un silbido
 ténue y cercano y breve le contuvo
 las frases que brotaban en su boca,
 haciéndole ecsalar fiero rugido
 y decir entre dientes—es Juan Roca!...
 Lo comprendió Dolores sin embargo
 y volviendo veloz con alegría,
 la faz á registrar los matorrales
 por si por ellos parecer le via,
 no bien hizo la accion, en el instante,
 como por bello encanto,
 se vió en los brazos de su fino amante.
 —Lo sé toitico;—dijo—en er camino
 me heencontrao ar tio Arpiste y me ha contaó
 too er lanse y las maneras y er suseso,
 sigun aquí ha pasao:

un abraso, Gaspacho, y dime ahora que me pías ar fin por lo que has jecho, si es que pueo pagarte y hay en er mundo cosa que lo varga pa ejarte sastifecho»—

El bandido confuso y reflexivo quedó un momento, sin mirar siquiera á los nevios ansiosos que aguardaban respuesta de sus labios lisongera; y al fin sin contestar una palabra, llegó al potro andaluz, *el jeresano*, que dejára Manuel, y componiendo su aparejo mejor, llevólo al lado de Juan y de Dolores concluyendo por decir balbuciente y agitado.

—Monta Juan.—Pero...—monta te repito que despues jablaré...—Subió en efecto el amante al caballo y cuando estuvo Dolores en la grupa colocada, dando el ladron las manos á su amigo, dijo á los dos, en triste despedida, con sentimiento y emocion en tanto, y oprimiendo en sus párpados el llanto.

—Ser felises y adios.. too lo que quiero es que cumplas, Juanico, tu palabra... trátala bien... porque eya es un lusero... adios, Olores, Juan... si en argon dia os acordais de mí, que nunca sea naa mas que pa creé que os quise siempre y que iguar os querré toita mi via..—

—No, Gaspacho, eso no; tu te mereses lo mejó de este mundo...—adios, Juanico.

—Yo estoy á tus favores agraesia, y quisiera que ar fin...—pieme argo

por la vínge bendita...—Y ¿qué te pio,
 —gritó sin contenerse el bandolero—
 si tu no me pues dar lo que yo quiero?
 ¿si te yebas mi bien y mi alegría,
 mi contento, mi luz, y mis amores...?
 ya lo sabes. Juanico, eso queria;
 una cosa no mas: una... á tu Olores;
 pero una ves que er diablo en sus rigores
 no ha querio á la fin que eya sea mia,
 yébatela juyendo y quiera er cielo
 daros por esos mundos su consuelo...

Dijo y sin aguardar nuevas razones
 presuroso se entró por la espesura
 dejando á los amantes confundidos
 con prueba tanta de amistad segura:
 un momento aguardaron escuchando
 los pasos á lo lejos del que huia;
 y no oyéndolos ya, dando al cadáver
 un adios de dolor y fé cristiana,
 por la selva salieron adelante
 no mas que al paso del gallardo bruto,
 que quisá por su carga soberana
 relinchaba soberbio y arrogante.

CONCLUSION.

— Á los cinco años y medio
 de la antecedente historia,
 á las diez de la mañana
 salia un hombre de Carmona,
 como en señal de paseo

y para matar congojas:
 no bien los muros del pueblo
 dejó á su espalda, á la sombra
 de una encina, vió sentado
 otro hombre con calma estóica:
 acercóse casualmente
 y al mirarse ambas personas,
 lanzaron á un tiempo mismo
 una exclamacion gozosa.
 —Gaspacho! tú po esta tierra...?
 —vengan los brazos, Juan Roca..
 y sentándose amorosos
 en la no muy blanda alfombra
 de las verdes yerbezuelas,
 se hablaron en esta forma.
 —Juanico... ¡várgame er cielo...!
 y tu Olores...?—en la gloria.
 —Cómo?—se murió la probe
 de una postema en la boca,
 jase cosa é veinte dias,
 y los pesares me ajogan—
 —Y te casastes con eya...?
 Cabalito, en la parroquia
 de este pueblo en que vivíamos
 es de aqueya negra historia...
 Y er tío Arpiste...?—en los infiernos
 está apriendiendo la jota;
 le salió un *súpitopando*
 en las patas y en las corbas
 y un cangrejo en las narises,
 y se murió en quinse horas.
 —Y la partía...? jase un año
 que espicharon en la jorca
 cuatro de eyos, y los otros

en presiyo y en pelota.

—Y tu?...—yo púe indurtarme

y estoy jusmeando ahora

onde ganar la pitansa

sin mala via y con honra.—

—Pus arsa y vente conmigo

que tendrás trabajo é sobra

y vivirás á mi lao

jasta que quieas otra cosa.

¿Te convienes...?—me convengo,

porque ya naita mos toca

la mugé que no he podio

arrancar de mi memoria...

Ambos juntos y en silencio

penetraron en Carmona,

y desde aquel mismo instante,

en su amistad sin zozobra,

compartieron sus haberes

con igualdad religiosa.

Hasta aquí lo que nos cuenta

de este suceso la crónica:

no se sabe, pues, si fueron

sus vidas largas ó cortas,

ni si alcanzaron al cabo,

por acciones meritorias,

el negro infierno ó el limbo,

el purgatorio ó la gloria.

Fin de la leyenda.

LOS ELEGANTES DEL DÍA.

Y si en torno, hasta morir,
solo necios me he de hallar,
y con necios sonreír
y entre necios divertír,
viendo á los necios bailar;
— Padre Adán...! tu parentela
mire yo, en corro infinito
d la luz de una pajueta,
bajando la tarantela...
... y el baile de San Vito...!

E. F. Sanz—Quevedo—acto 3.º

¿Es epidemia ó langosta...?
¿es cosecha de mastranzos,
ó que en las tiendas á posta
se venden á costo y costa
tontos en vez de garbanzos....?

¡Vive Dios que estoy corrido
de ver, con gesto profundo
británico y engreído,
tanto necio presumido
como pasea en el mundo....

Hay hombres que tal se empeñan
 en ostentar petulancia,
 que aun de mirar se desdennan,
 y comen, duermen, y sueñan
 con figurines de Francia.

Y viven con el espejo,
 en que están sus glorias todas,
 y ponen fiero entrecejo,
 si no les dá buen consejo
 sobre las últimas modas.

Y en razones postrimeras
 no echan los pies á la calle,
 ni aun en las horas primeras,
 como no lleven el talle...
 encima de las caderas.

Y el cabello bien prendido
 y el trage lleno de aroma,
 de Augustemburgo traído,
 y el bigote retorcido
 con un cuarteron de goma,

Y en tan hostil aparato,
 apuntando á la nariz,
 que parece en desacato
 que va diciendo—infeliz!
 como te muevas, te mato.

Y con la vista de frente,
 por nada mostrando asombro,
 van, con gesto impertinente,
 mirando á toda la gente
 como por cima del hombro.

Y no haya miedo que muevan,
ni aun para dar un bostezo,
el cuello, que, en su aderezo,
hasta parece que llevan
almidonado el pescuezo.

Y así pedantes se engrien,
esclavos de su persona,
y por lucir se deslien,
y bailan, cantan y rien...
y comen pan de talona.

Mas aun así, todavía
su pedantismo supremo
perdonárseles podría;
pero llevan su manía
á mas ridículo estremo.

Quando oyen á alguno hablar
con español interés
y sus artes celebrar,
suelen, fátuos, esclamar
en medio inglés y francés.

—Ah!... Oh! *mon Dieu!* en esta España
no hay sastres ni zapateros...
yés... aquí todo es patraña;
sin duda en la gran Bretaña
hay mejores sombrereros...

Nada de España me llena;
es infame este pais. .
verlo no mas causa pena...
á mi me calzan en Viena,
y me afeitan en París. —

Así dicen, y en rigor
de su estrangera fátiga,
niegan su amable favor
si hallan al paso á una amiga
la mas bella y la mejor.

Y saltando á lo galan
no la dicen ni aun—abur!
como no vaya en su afan,
peinada á la Montespan
con gorro á la Pompadour....

¿Que hacer, pues, en estos dias,
un hombre justo y sensato
al ver, con tales manías,
tantas cabezas vacías,
tanto cerebro insensato....?

Nada! callar y sufrir
y con necios platicar,
y de los necios reir
y harto de ellos, acabar
en conclusion por decir.

«Padre Adam!... tu parentela
vea yo, de lejos á fé
y á la luz de una pajueta,
bailando la tarantela
la polka y el minué.

CRISTOVAL COLON.

Allá va...! por las rizadas olas
se desliza velero bergantin,
que abandona las playas españolas
para tocar del orbe en el confin.

Allá va...! contempladle que parece
ave que vaga en el espacio azul,
y que á impulso del viento se estremece
entre las sombras del brillante tul.

Allá va...! con las brisas de la noche
adormido entre cántigas de amor,
mientras la luna con su dulce broche
le regala su plácido fulgor.

De los marinos la valiente tropa
canta al arrullo del rugir del mar,
mientras los mira la asombrada Europa
las olas del Atlántico trepar.

Miradle caminar...! hollando montes,
de blanca espuma que murmura al pié,
se pierde en los lejanos horizontes
como lucero que brillar se vé....

Y oid, para acabar la maravilla,
lo que el gigante capitan veloz,
enclavando los ojos en Castilla,
pronuncia al cabo con vibrante voz.

«Adios, Castilla! en tu bordado suelo
 brotan las rosas y el sin par clavel;
 es luminoso tu encantado cielo,
 que el sol sus rayos vivifica en él.

Adios, Castilla! de saber fecundo
 voy de otro mundo y de riqueza en pos,
 y yo á tus pies arrojaré ese mundo
 que á mí tan solo me enseñára Dios...

Sus! mis valientes! del silbante rayo
 la cólera sañuda despreciad:
 no quepa en vuestro espíritu el desmayo;
 de la victoria el cántico entonad.

Sus! mis valientes! en la alzada popa
 retemos de los truenos el fragor,
 mientras nos mira la espantada Europa,
 burlando de los mares el furor.

Valor, hermanos! deshaciendo montes
 de aquesa espuma que levanta el mar,
 pasemos los tendidos horizontes
 sin temor á los riesgos del azar.....

Adios, Castilla! en la sangrienta guerra
 de tus hijos agita el corazon,
 mientras mi brazo en la ignorada tierra
 enclava tu brillante pabellon.»

CHARADA.

Mi primera y mi segunda,
 si juegas al ajedrez,
 te dirán alguna vez
 y tanto que te confunda.

La segunda es una planta:
 prima, segunda y tercera
 no es por cierto lisongera
 si en la nariz te se planta.

Prima y tercera es un nombre;
 y aunque, en sus formas distinta,
 en el campo prima y quinta
 hallarás sin que te asombre.

La cuarta y quinta el soldado
 muy á menudo ejercita,
 y con ellas se acredita
 que un sabio fué así llamado.

La segunda con la prima
 el predicador lo usa,
 y no haya miedo ni escusa
 de que de hacerlo se escusa.

Es solo una interjeccion
 quinta y segunda, aplicable
 al niño que toca instable
 á todo sin reflexion.

Y si deseas saber
de esta charada el conjunto,
léela bien punto por punto
y llegarásla á entender.

Pues con cierta reflexion
hallarás en ello un nombre
que suele aplicarse á un hombre,
contrario á la religion.

SOLUCION.

- | | |
|---------------------------|---------------|
| 1. ^a | Mate. |
| 2. ^a | Té. |
| 3. ^a | Materia. |
| 4. ^a | Maria. |
| 5. ^a | Mata. |
| 6. ^a | Lista. |
| 7. ^a | Tema. |
| 8. ^a | Tate. |
| Todo | Materialista. |

ILUSIONES PERDIDAS.

Cancion para dos voces.

Puesta en música por el maestro D. P. Mata.

Primera voz.

Venid á mí perdidas ilusiones,
 rosas que Abril en su vergel lució,
 y el viento asolador de las pasiones,
 con rudo soplo por mi mal tronchó.

Segunda voz.

Venid consuelos que incesante llamo:
 ven, esperanza que el desden rasgó...
 mas ¡ay! que en vano por vosotros clamo;
 todo en la vida para mí pasó.

Duo.

Venid caricias,
 dulces amores,
 venid delicias,
 que el alma plácida
 tierna gustó...

Súplica vanal
para mi vida,
la edad lozana,
delicias, júbilo,
todo pasó...

Primera voz.

Vuelve á mi pecho venturosa calma,
astro brillante que ante mí radió,
vuelve la paz y la delicia al alma
que una sirena sin piedad robó.

Segunda voz.

Lucid, reflejos de la luz que adoro;
venid encantos que el dolor llevó...
mas ¡ay! que en vano por vosotros lloro,
todo en la vida para mí pasó...

Duo.

Venid, delicias,
goces suaves
que el alma plácida
tierna gustó;
tierna gustó...

Súplica vanal
para mi vida,
placeres, júbilo,
todo pasó;
todo pasó...

EL BUEY.

CUENTO.

Hallábase en un cortijo un chico de trece años, una gran porcion de tierra con sus dos bueyes arando, sin que desde su principio nada ocurriese de extraño, cuando casi de improviso un buey se le puso malo: reconoció su dolencia, determinando en el caso, dejar que cobrára alientos, mientras tomaba descanso: hízolo así, y en el ínterin se sentó sobre el arado; pero apenas lo habia hecho, en un ribazo inmediato, aparecer vió á su padre que le dijo:—jeh! muchacho, qué estas jasiendo, tunante?... —tomal qué he jacer? paraol no vé osté cómo está el güey?... —qué es eso? se ha puesto malo? pues, andal quítalo pronto y únceme á mí... sin reparo!... que hay muncho que arar toavía y la noche vá yegando...—

Obedeció el chico al padre,
y colocándolo al lado
del otro buey, la tarea
siguió, cual antes impávido.

Como sabrán los lectores,
el que dirige el arado,
para avivar la pareja,
lleva siempre un palo largo
con el cual la pega y pincha
cuando lo cree necesario:
así, pues, el mozalvete,
sin andarse con calvarios
ni repulgos de empanada,
decía de vez en cuando,
con voz mas fuerte que nunca
y alzando en el aire el palo:

—arre, buey!... andoste, pare!...

y le arrimaba un pinchazo,
repitiendo estas palabras
siempre que llegaba el caso.

Acabaron su faena,
y satisfecho el muchacho,
fué á su pueblo aquella noche
á los amigos contando...

—Hoy he sudao lo que nunca,
pues desde las cinco y cuarto,
con mi pare y otro buey,
de los que tengo en mi establo,
he labrao un peaso é tierra
que daba gusto er mirarlo.

A UNA PALOMA.

¿Porqué en lecho solitario
con acento funerario
así cantas tu dolor?

¿porqué en lúgubre lamento
suspiros lanzas al viento?...

¿por quién lloras?—Por mi amor.

¡Por tu amor? pobre paloma!

marchita flor sin aroma,

ya comprendo tu inquietud;

y por qué lejos del nido

tu amor está? ¿le has perdido?

¿que lloras?—Su ingratitude. —

—Su ingratitude? no te ama?

—ve crecer mi ardiente llama

y rie de mi pasión. —

pues siendo ingrato contigo

vente paloma conmigo

y te daré el corazón.

—«No puedo—Le adoras tanto?

--Es mi delicia, mi encanto

te idolatro á mi pesar:

que al blando y dulce murmullo

que forma su tierno arrullo

no se le puede esquivar.

En la pintada pradera

le ví por la vez primera

y mi alma encadenó.—

—¿Con qué es tanta su hermosura?

—De sus plumas la blancura
fascinada me dejó...

Y luego al tender las alas
de resplandecientes galas
cual vistoso querubin,
le contemplé con su vuelo
que rauda cruzaba el cielo
del uno al otro confín.

Y un día vino á mi lado
de las auras fatigado,
y en mi nido le amparé;
y le brindé con mi lecho
y entusiasmado mi pecho
amorosa le arrullé.

Y el ingrato murmurando,
su plumage desplegando,
le ví presuroso huir;
y en las estendidas lomas
tambien con otras palomas
sus caricias compartir.

De entonces triste y llorosa,
con plegaria lastimosa,
canto mi penoso afán;
y ningun consuelo miro,
que de suspiro en suspiro
vienen mis horas y van.—

—Entiendo ¡infeliz! tu cuita:

¡pobre azucena marchita
al furor del aquilon!

y si el amor te encadena
tengo de tu amarga pena...

—¿qué le tienes?—compasion!

LOS CELOS.

CUENTO.

Triste y lóbrega es la noche
 la lluvia á torrentes cae
 las lumbreras apagando
 que iluminaban las calles
 de Granada la sultana,
 la patria de Abencerrages,
 codicia de los cristianos
 y la altivez de los árabes.

Todo es paz, todo silencio,
 y guarecidas las aves
 en los escondidos techos
 ó en la copa de los árboles,
 de entre sus alas el cuello
 no se atreven á sacarle,
 temiendo ser arrastradas
 por el impulso del aire,
 que en torbellino revuelto
 la débil planta deshace.

Todo es calma, y es sigilo:
 solo entre llanto y pesares,
 entre tormentos y dudas
 una infeliz mora yace;
 y mientras Granada duerme
 al son de los vendabales,
 ella su suerte lamenta,
 y lágrimas á millares
 resbalan por sus megillas,
 tan claras y tan brillantes,
 que á no verlas de los ojos
 hasta el pecho deslizarse,
 quebrándose en el momento,
 se trocarán por diamantes.

Cada centella que luce
 y cada trueno que parte,
 la atemorizan de modo
 que fijos en su semblante
 se ven la esperanza, el miedo
 y pronunciadas señales
 de un deseo que la acosa,
 de una pena que la abate.
 Ya desesperada ríe
 ó llora, y en tal contraste
 atiende que el corazón
 desacompasado late,
 y por las venas circula
 rápidamente su sangre.
 Mas arrecian los granizos,
 y al chocar en los cristales,
 se sobrecoje creyendo
 haberla llamado á alguien,
 y no sintiendo rumor,
 por miedo de equivocarse,

á la ventana se acerca,
 y sus hojas entreabre;
 pero rota su ilusion
 dice con angustia «*nadie*»

Es Zoráida de Granada
 sultana de las bellezas;
 tiene los ojos rasgados,
 y negra, la cabellera
 que oprime blanco turbante
 en bien repartidas trenzas,
 y su cuello marfilado,

la frente altiva y serena,
 sus megillas de carmin,
 la boca linda y risueña,
 el talle esbelto y lucido
 y en aire y porte, nobleza.

Es la gala del harem
 en que Aben-zul se recrea;
 es de las moras envidia
 que insultantes la desdeñan,
 y de los hombres la diosa
 que entusiasmados contemplan;

es adorno de festines
 y de los torneos reina,
 y no hay galan que no llegue
 su corazon á ofrecerla.

El moro Aben-zul estático
 la vió por la vez primera,
 y la tributó obsequioso
 en las justas y en las fiestas
 sólicitos galanteos.

queriendo con sus riquezas,
 conquistar las atenciones
 de Zoráida, la más bella
 de las moras granadinas,
 y á pesar de su destreza
 si bien alcanzó su mano,
 cerró el corazón sus puertas
 á el amor para aquel hombre
 de que ya otro dueño era.
 La triste cedió al imperio
 y á la despótica fuerza
 de unos padres que miraban
 en Aben-zul su grandeza.

Pasaron días y días,
 y de este las ricas prendas,
 no pudieron conseguir
 dulcificar la dureza
 de aquel alma apasionada
 que fuego lento la quema.
 En vano el moro pregunta
 y son en balde sus quejas:
 en vano el misterio horrendo
 sagaz penetrar intenta,
 y en balde ya enfurecido
 con abrasadora idea,
 puede desatar los grillos
 de su continua tristeza:
 en vano á mil distracciones
 siempre amoroso la lleva,
 que ni el mundo la embebece,
 ni la deslumbran las teas
 que en su palacio se encienden
 para celebrar las fiestas.

Nada su abstracción disipa,

su corazón nada alegra:
 tan solo Aben-zul repara,
 siempre dispuesto á entenderla,
 que un gallardo Abencerrage,
 de aventajada presencia,
 es, aunque poco, quien hace
 adormecer sus querellas,
 y que muestre en el semblante
 que su vista la contenta.

Aben-zul abrió su pecho
 á celos que le atormentan,
 y en su revuelta memoria
 se rebulló una sospecha,
 tan negra como el sepulcro
 y como los ojos de ella.

La importuna con preguntas
 que silenciosa desdeña,
 y prestando al fin oídos
 al torcedor que le aqueja,
 la evita se comuniqué
 con esclavas confidentas,
 y en estancia bien cercada
 de anchas paredes y rejas,
 colérico y afrentado,
 con sus recuerdos la encierra.

Allí Zoraida agitada,
 en la noche que se cuenta,
 esperaba entre congojas
 y en agonías violentas,
 que alguno desde la calle
 sus tormentos deshiciera:
 que un viejo Eunuco le trajo
 apesar de las severas
 disposiciones que acatan.

vigilantes centinelas,
 cartel del Abencerrage,
 objeto de la contienda,
 en que la participaba
 que Aben-zul en su fiereza,
 le había retado á un duelo
 aquel dia y noche mesma;
 que estuviese cuidadosa,
 porque si de la pelea
 los laureles recogía,
 lo anunciaría una seña,
 pero sino enamorado,
 al sonar su hora postrera,
 su nombre bendeciría
 y de su amor le ecsistencia.

Así Zoraida agitada,
 no dando á su lloro treguas,
 esperaba entre congojas
 y en agonías violentas,
 que alguno desde la calle
 sus tormentos deshiciera.

Sigue el viento sus bramidos
 y se desprende la lluvia:
 el relámpago brillante
 con sus reflejos alumbra
 de vez en cuando á Granada,
 que tan triste está y oscura,
 que parece desde lejos
 que manto fúnebre enluta...
 Todo es quietud y silencio;
 solo se ven dos figuras,

á la luz de las estrellas,
 por callejuelas ocultas,
 y se entienden mas que hombres,
 formas lúgubres, confusas,
 de dos espectros terribles
 que han salido de sus tumbas.
 Odio, desden y coraje
 en el semblante de una
 se revelan dibujados,
 y en la otra la amargura
 que con su afilado diente
 en el corazon le punza.
 Una los pasos detiene
 y otra su andar apresura,
 y sin embargo caminan
 que parece que van juntas.
 Llegan por fin á la plaza
 que Biba-rambla titulan,
 y de repente se paran,
 se contemplan y saludan
 de esta manera. — Villano,
 apréstate ya á la lucha
 que á lavar voy en tu sangre
 la mancha de mis injurias.
 — No fuí villano jamás;
 y esa espresion tan inmunda
 de tus lábios, Aben-zul,
 no debiera salir nunca:
 por mí te crees ofendido
 y en tu cólera sañuda
 me has invitado al combate,
 aquí me tienes — es mucha
 esa arrogancia altanera
 y el valor con que te escudas —



—Aben-zul, pocas palabras
que va arreciando la lluvia—

—Pues bien, salgan los aceros
y su brillantez que luzcan,
no al resplandor del relampago
que en la oscuridad fulgura,
sino al del fuego que abrasa
y nuestros ojos enturbia.

Se dividen las distancias
y las cimitarras cruzan;
guia á la una el amor,
guia á la otra la furia,
y de los dos corazones
el hervidero se escucha.

Diria cualquiera al verlos
en semejante apostura,
que eran la noche y el dia
en empeñada disputa,
por no levantar aquella
el sudario con que anubla
al descender todo el mundo,
y éste, en encontrada ruta,
por destapar el brillante
con que al universo alumbramos.

Es reñida la pelea
y la victoria se duda:
en esto de un combatiente
la cimitarra se tronca,
y el otro con vil infamia,
aprovechando fortuna,
de su adversario en el pecho
el acero le sepulta.—
El vencedor satisfecho
de su accion bárbara y ruda,

limpiando la damasquina,
 la cuelga de su cintura,
 y se lanza hacia las sombras
 que sus delitos le abultan,
 ganando las callejuelas,
 mientras sus labios murmuran—
 "mansa es la oveja también
 y embiste si se la apura."

Está Zoraida cansada
 de tanto aguardar en balde,
 y se ha quedado dormida
 sobre los blandos plumajes
 de sus ricos almohadones,
 pintados en su semblante,
 la impaciencia y el despecho,
 y lágrimas á raudales
 han surcado sus mejillas
 á que se agolpa la sangre;
 mas la despierta un ruido
 ocasionado en la calle,
 y se levanta asustada,
 se pára, bien á escucharle,
 y ya callado el rumor
 por miedo de equivocarse,
 se acerca á la celosía,
 á oír si la llama alguien,
 pero rota su ilusión
 dice con angustia "nadie"...

De su habitacion la puerta
 con estrépito se abre,
 y éntra un moro, mal velado

en sus ojos el coraje,
 el cual, la dice, Zoraida,
 te equivocas ¿yo soy nadie?
 ya te entiendo, tu aguardabas
 á ese pobre Abencerrage
 para partírle tus cuitas
 y contarle tus pesares:
 aquí me tienes á mí:
 pues acaso ¿yo soy nadie?

—Ya se acabaron los dias
 en que afrentabas, infame,
 de Aben-zul el limpio nombre
 para atender á un amante,
 mira manchada mi hoja
 con la sangre del cobarde,
 y dime si tambien quieres
 que en tu corazon la clave—

—Si has muerto ya al infeliz
 ¿por que dudas en matarme?—

—Con que, pérfida, le amabas?...
 Y levantando en el aire
 su diestra con el acero,
 en Zoraida al punto cae.

Apaga la luz el moro
 y de la estancia se sale,
 entre dientes murmurando

"Tambien la oveja es afable,
 y embiste si se le apura,
 ó quieren incomodarle."

La aurora al fin se anunció,
 y á la siguiente mañana,
 acudian en tropel
 los moros á Biba-rambla,
 á ver un cadáver yerto
 que ensangrentado en la plaza
 parecia Abencerrage
 por sus divisas y planta:
 igualmente los curiosos
 con mas interés hablaban
 que el noble y rico Aben-zul
 habia muerto á Zoraida.
 Se dió á los dos sepultura;
 y al mes nadie se acordaba
 de la muger que era adorno
 de los festines, y gala
 de las justas y torneos
 y las fiestas mahometanas;
 y Aben-zul quedó riendo,
 y gozando con su infamia,
 que en esto convengo yo
 con un poeta de fama,
 que puede mas el mas rico
 y el mas valiente se salva.



A MALAGA,

AL VOLVER A ELLA EN ABRIL DE 1849.

¡Patria mia, salud! ¡Salve, sultanagi
 tendida entre el perfume de tus flores
 hermosa perla que la mar liviana
 arrojó en el jardín de sus amores:
 Maga dormida de tu encanto ufana,
 al son de los canoros ruiseñores;
 á tí, que fuiste de mi infancia escudo,
 Málaga sin igual, yo te saludo!...

¡Cuántas veces, con fèrvida agonía,
 á la márgen del tardo Manzanares,
 ó del Eresma en la ribera umbría,
 ó del Tajo en los duros retamares,
 ha volado hácia tí mi fantasía,
 hermosa joya de mis dulces lares;
 y cuantas veces en sabrosa calma,
 por tí un suspiro me brotó en el alma!

¡Cuantas veces mi mente, en sus delirios,
 vertiendo al corazon ánsias ignotas,
 cual vierte el alba en los nevados lirios
 con mil cambiantes sus lucientes gotas,
 ó cual derraman los pintados virios
 en la enramada sus sentidas notas,
 viendo la luz que levantaba el dia
 exclamó, temblorosa de alegría:

«Ah! ¡quién me diera las pujantes alas
 «del águila real, y en ráudo vuelo
 «cortar del viento las flotantes galas
 «y llegar hasta tí; rasgar el velo
 «de los vapores plácidos que escalas,
 «y cerniéndome audaz bajo tu cielo,
 «aspirar tus aromas jadeante,
 «y beberme tus auras palpitante...!»

¡Cuántas veces mi mente embebecida,
 los rumores oyó de tus festines,
 y vió, en su arrobamiento enmudecida,
 á tus hijas vagar en los jardines,
 cual luceros fulgentes de la vida,
 cual divinos, brillantes serafines;
 mágicas hadas de sin par belleza,
 que enaltecen tu fama y gentileza!

¡Cuántas veces, de dulces ilusiones
 dada mi mente al seductor arrullo,
 cruzó los nebulosos pabellones
 y llegó á tus pensiles con orgullo,
 y vió tus arabescos torreones,
 y oyó de tus arroyos el murmullo,
 y al son de las marinas cantinelas
 vió tus mares surcar las carabelas!

Y siempre así! de tu estrellada aurora
 yo he soñado los varios arbores,
 y la luz de tu luna seductora,
 y la luz irradiante de tus soles,
 y tu cálida niebla veladora,
 y del Iris los limpios tornasoles,
 y de tu mar la calma soñolienta,
 y el bramido feroz de su tormenta.

Yo, nutriendo recuerdos de tu historia,
 he visto tus palacios orientales,
 he admirado su pompa transitoria,
 he corrido en sus zambras infernales,
 he visto de Abrahém la dulce gloria,
 y del fiero Alhocem los funerales,
 y he visto tremolar, de luz avaro,
 el cristiano pendon en Gibralfaro.

Yo, acudiendo á mis sueños infantiles,
 en pos de las fugaces mariposas,
 he corrido en tus mágicos pensiles,
 he volado tus tórtolas medrosas,
 he cojido la flor de tus Abriles,
 he aspirado tus brisas vagarosas,
 y abriendo sulcos ó profundos hoyos,
 he cambiado su curso á los arroyos.

Y siempre así, bajo tu sombra amante,
 y á los agenos títulos esquivo,
 de tus amores en la fe constante,
 de tus recuerdos en la fe cautivo,
 cual vive el mundo con su sol brillante,
 viví con ellos y con ellos vivo;
 y hasta ecsalar el postrimer aliento,
 tuyo será mi altivo pensamiento!.....

.....
 Patria mia, salud! ¡Salve, Diana
 tendida en el jardín de tus amores!
 ¡vistosa flor de cuyo cáliz mana
 gérmen fecundo de divinas flores!
 ¡Segunda Vénus que la mar diviana
 lanzó de sus olajes bullidores!
 á tí, que fuiste de mi infancia escudo,
 Málaga sin rival, yo te saludo!

HIMNO A PLOIZ.

Oracion

Madre tierna
 y desolada
 por la muerte
 de JESUS.
 contemplame a tus pies banado en llanto
 y fijando mis ojos en la CRUZ,
 en que pobre y desnudo le clavarón
 por mis culpas y fiera ingratitud:
 compadézcate
 SENORA,
 de mi pecho
 la afliccion
 e intercede
 con tu HIJO,
 alcanzando
 mi perdon.
 Piedad, madre mia!
 Piedad, por tu amor.
 Yo te ofrezco, arrepentido,
 abrazar, á tu egeplo, la virtud
 y adorar á mi Dios eternamente
 de noche en su sombra, de dia en su luz.

Esta oracion está aprobada para el rezo divino por el Sr. vicario eclesiástico de Madrid.

HIMNO A PIO IX.

Traducido del Italiano. Música del maestro Rossini.

Sus! hermanos, cantad alabanza
al bizarro, magnánimo Pio
que con noble y sagrado albedrío
en el fuego de Dios se inflamó.
Paz do quiera resuene en el mundo!
gozo! gozo! pronuncien las bocas,
y festivas repitan las rocas
gozo! gozo! que el bien empezó.

Gloria al Santo Patriarca divino
que bendice á los pobres humanos
y les abre, reunidos hermanos,
una senda de gloria feliz.

Gloria al nuncio de paz y consuelo
que virtudes y dichas derrama;
escuchemos su voz que proclama
paz, ventura, justicia sin fin.

El proscripto de vuelta en su patria
respirando salud y armonia,
himnos canta de amor y alegría
á la luz del benéfico hogar.

Y la jóven esposa anhelante,
previniendo dulcísimos lazos,
al esposo recibe en sus brazos,
que otros fieros le osaron negar.

Al Eterno subieron las preces
demandando del bien el rocío,
y mandó la clemencia de Pio,
santo gérmen de paz y favor.

Sus! hermanos! cantemos alegres
dando gracias al Dios poderoso;
gracias! gracias! que ya esplendoroso
luce el día de paz y de amor.

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

por su real decreto mandando erigir un monumento á la memoria del illustre patrio.

DON AGUSTIN ARGUELLES.

presentada en 1847 al concurso del premio señalado por la tertulia del 18 de Junio—Madrid.

El primero en la liza de elocuencia...

El águila imperial tendió las alas
 con ráudo vuelo y centellantes ojos
 y tintas de sañgo sus lucientes galas
 y al buscar en el mundo unos despojos
 á su ambicion indómita bastantes
 lanzando al aire funeral graznido
 batió insolente su manchada ropa
 y audaz revoleando
 con implacable saña
 fija su vista en la turbada Europa
 hincó su garra en la férax España...

Al estampar sus huellas, arrogante,
 del trono de la Francia en los pedazos,
 creyó poder el imperial gigante
 abarcar á la tierra con sus brazos:
 de pié, sobre la cumbre del Pirene,
 altiva magestad, nuncio de gloria,
 dijo, para acabar su maravilla,
 «bajad á la carrera,
 mis fuertes veteranos,
 y enclavad mis pendones en Castilla,
 mal que pese á los bravos castellanos.»

Al ver, con tan insólito anatema,
 el leon español que no dormía,
 roto su manto real y su diadema,
 en lid tremenda y sin igual bravia,
 abatió del coloso la fortuna;
 arrolló sus legiones laureadas,
 y alzando la melena por corona,
 con sangre de enemigos,
 en su arrogancia fiera,
 regó los murallones de Gerona,
 los campos de Bailen y Talavera....

Como el torrente asolador que rujel
 y salta, hirviendo, su materno cauce,
 turbion que troncha en su violento empuje
 la vieja encina y el humilde sauce,
 así encendido en la revuelta lucha,
 el gallardo leon magestuoso,
 el cetro defendiendo de sus reyes,
 deshizo sus principios,
 y respirando ciencia,
 sobre unas leyes erigió otras leyes
 al grito liberal de independencia.

Nunca d ó Grecia, del saber cimiento,
 tantos hijos de juicio soberano,
 como géncos de libre pensamiento
 brotaron en el suelo castellano.
 Jamás Numancia en su recinto fuerte
 abrigó mas insignes adalides,
 ni Cartágo bizarros vencedores,
 ni tuvo en su altiveza,
 con prepotencia estraña,
 nunca Roma tan bravos defensores,
 cual tuvo entonces la afligida España...

.....
 A la luz argentada de la luna,
 bajo el fulgor de rutilante estrella,
 mecieron las virtudes una cuna
 en la humilde y leal Rivadesella.
 El tierno infante de preclaro ingenio
 que allí al arrullo maternal crecía,
 fué despues con su rigida prudencia,
 con su saber sublime,
 de España en beneficio,
 el primero en la liza de elocuencia,
 el *divino* orador, el gran patricio.

Íncrito campeón sobre la arena
 en que la humana inteligencia brilla,
 su eminente razon lució serena
 en las revueltas noches de Castilla.
 Inspirado de Dios, justo invocando
 de la sagrada ilustración el nombre,
 mostró á la perezosa muchedumbre
 la senda de la gloria,
 de flores matizada,
 y entre reflejos de esplendente lumbre
 la libertad de lauros coronada.

Con su palabra el pueblo conmovido
 removi6 de Castilla los escombros
 buscando fueros que enterr6 el olvido,
 y un monumento levant6 en sus hombros
 de sacra libertad; el entusiasmo
 llen6 los pechos de bizarro aliento,
 y en medio de su santo regocijo,
 uniendo, cari6oso, los girones
 del s6lio desgarrado,
 en prueba de su abono,
 cubri6 con sus brillantes pabellones
 el escabel magnifico del trono..

Grande en la adversidad y en la pobreza,
 de la lealtad espejo sin segundo,
 Argu6lles mereci6 por su nobleza
 l6uros de Espa6a, v6tores del mundo...
 como la flor que en la ribera crece,
 lozana y odorosa con el fuego
 del sol que la sustenta y vivifica,
 as6 creci6 ilustrada,
 con 6nimo preclaro,
 tesoro de virtud, de gracia rica,
 la hu6rfana real bajo su amparo.

Y as6 como del olmo corpulento
 al abrigo ben6fico la yedra,
 recibiendo salud, dobla su aliento
 y medra en galas y en bellezas medra,
 as6 bajo la pl6cida custodia
 del egregio tutor enaltecido,
 recib6 la magn6nima Pupila
 de afectos generosos
 la venturosa calma,
 y con la dulce probidad tranquila,
 paz en el coraz6n, ciencia en el alma...

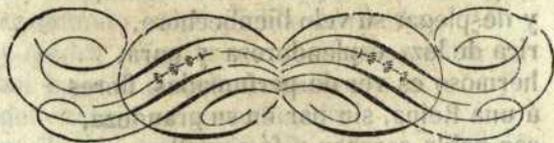
Ora en la tumba está! faro de gloria
 al eclipsarse en la terrestre esfera,
 legó su nombre á la moderna historia
 sin una mancha ni lunar siquiera.
 Justicia, rectitud, puro civismo,
 inteligencia superior, decoro,
 rara facundia y amistad constante
 formaron su ornamento...!
 ¡Magnífico epitafio
 que debiera, con letras de diamante,
 escribirse en su ilustre cenotafio...!

Lágrimas de dolor viertan los ojos,
 perlas ¡ay! que abrillanten su aureola,
 y ante su lecho sepulcral de hinojos
 bendiga el pueblo su justicia sola...!
 loor á su fama! y vítores y aplauso,
 á la augusta Princesa castellana,
 que honrando su memoria esclarecida,
 la salva poderosa
 de inmerecido ultraje,
 y erige un monumento agradecida
 de su virtud en sincero homenaje....

Si hermoso es ver á la celeste aurora
 rasgar las tocas de la noche oscura,
 y desplegar su velo bienhechora,
 rica de luz, esplendorosa y pura,
 hermoso es ver de perfumadas flores
 á una Reina, sin par en su grandeza,
 con noble corazón y fé sencilla,
 tejiendo una corona,
 para premiar el nombre
 de un insigne orador, prez de Castilla,
 que proclamó la libertad del hombre.

¡Sublime gratitud! rasgo del cielo,
 que el iris brillador de la bonanza
 anuncia grato en el hispano suelo...!
 iris de amor, de gloria y esperanza...!
 arda siempre la antorcha de justicia
 en tu real corazón, y como eres
 Isabel, por tu nombre, la segunda,
 serás en otro tiempo,
 si sigues tu carrera
 en beneficios y virtud fecunda,
 Isabel, por tus hechos, la primera.

Siembra, Reina, de flores tu camino,
 vistoso manantial de gozo inmenso,
 y tendras en tu próspero destino
 bendiciones doquier, do quiera incienso:
 cobija con tu manto, generosa,
 á los nobles, bizarros castellanos,
 que si ellos pisan de su bien la senda,
 te ofrecerán gozosos,
 con alma agradecida,
 el corazón, por cariñosa ofrenda,
 como pequeño galardón, la vida.



Hallándome en Agosto de 1847, en el real sitio de San Ildefonso, -la Granja- se creó una sociedad de amigos, de que formé parte, con objeto de proporcionar algunas distracciones á las familias que allí se hallaban: entre otras que se llevaron á cabo, se acordaron tres comidas de campo, con la precisa condicion de que habian de ir todos, señoras y caballeros, montados en burros—estas anuales expediciones son conocidas en aquel pueblo con el nombre de *borricadas*— así pues y abonado el escote metalico que á cada cual pertenecia, se impuso, como aumento favorable, la multa de veinte reales al que no llevase escrito un soneto con los pies y asunto forzados que se diesen: repartidos estos entre todos, compuse yo el siguiente, que lei en el sitio y hora marcados por la sociedad: los pies son los que van señalados; el asunto

Al asno que rebuzne mejor
en la primera borricada.

Alumbrarse merece con *candil*,
andar entre las burras sin *bozal*,
cargar de una muchacha con la *sal*
y á mas ser retratado de *perfil*:
Merece ser atado á su *añafil*,
y llevar hasta Cádiz un *misal*,
andar por los caminos sin *ramal*
y lucir en la frente un *peregil*:
Tirar del carro del luciente *sol*,
ser besado en la boca por *Raquel*
y vivir otro tanto que el *Mogol*;
En fin merece que lo monte *Güel*, (1)
que le dén á comer florida *col*
y le dejen beber en un *tonel*.

—(1)— El Sr. D. José de Güel y Renté, hoy esposo de la infanta doña Maria Josefa Fernanda Luisa de Borbon, y uno de los individuos de la sociedad.

—Hicistis el sacramento—
 que no entendió la palabra
 replicó el pobre gallego
 en la tienda de Juliana

CONFESION DE UN GALLEGO

Llegóse á un confesonario
 con humildad casi santa,
 un jovenzuelo gallego,
 de esos que tienen el alma
 unas ochocientas leguas
 del talento separada,
 y postrándose de hinojos,
 dispuesto á decir sus faltas,
 se persignó segun regla;
 recitó las otras varias
 oraciones de costumbre,
 armando una mescolanza
 de español, latin y griego
 que ni él mismo se cuidaba
 de comprender, y por último,
 despues de una larga pausa,
 comenzó á decir sus culpas
 con su provincial cachaza.
 —Acúsume, padre miu,
 que el viernes pur la mañana,
 que fué el mesmu viernes santu,
 almurcé leche migada...
 —Es *lacticinio*, hijo mio,
 dijo el padre con voz clara.
 —Qué es eso de *latrociniu*?...
 non señor, que fué cumprada
 y me custó cuatro cuartos

en la tienda de Juliana—
 replicó el pobre gallego
 que no entendió la palabra.
 —Bien! —añadió el sacerdote—
 volvamos solo á la falta:
 ¿has dicho que el viernes santo
 comiste leche migada:
 y la comiste con Bula?...—
 mirándole cara á cara
 quedó el hijo de Pelayo,
 y con inocencia franca
 le contestó velozmente
 —eh! non señor, con cuchara...



dijo el padre con voz clara.
 —Qué es eso de la rocinia?...
 non señor, que las compraba
 y me costó cuatro cuartas

EN EL ALBUM**de la señora doña J. G.**

Yo he corrido el vergel de los amores
sus ninfas admirando en grata calma;
esas ninfas nacidas de las flores,
que llenan con sus mórbidos primores
de fuego el corazon, de gozo el alma.

Ansioso de belleza y de placeres
y de emociones sin cesar sediento,
he corrido los mundos turbulento,
y ví mugeres mil, de esas mugeres
que matan la razon y el pensamiento.

Yo he escalado los cielos atrevido
hasta tocar á su encantada cumbre,
y he visto de sus Diosas, embebido,
el carmin de sus lábios encendido
y de sus ojos la brillante lumbre.

Pero dulces asaz ó con enojos,
rindiendo amor ó respirando agravios,
yo no he visto jamás en mis antojos,
unos lábios mas bellos que tus lábios,
unos ojos mas bellos que tus ojos.



EL DESDEN.

A Filis.

Por qué, pastora mia,
la de los bellos ojos,
me miras con enojos
y sin piedad también?

Por qué, mi linda Filis,
entre rigor y agravios,
se pintan en tus lábios
las tintas del desden?

Por qué tan obstinada
robándome delicias,
me niegas tus caricias,
dulcísimo favor?

Por qué purpúrea rosa
tus bellas hojas plegas
y el bálsamo me niegas
de tu divino amor?

Por qué, Filis querida,
desdeñas en tu calma,
los ayes de mi alma,
mi tierno frenesi?

Por qué tan rencorosa
con pésimos antojos,
la lumbre de tus ojos
apagas para mí?...

No mas, pastora mia:
acaben tus rigores,
y en plácidos favores
se tornen por mi bien:

Acoge mis suspiros,
y desterrando agravios,
aleja de tus lábios
las sombras del desden!

A.....
 ¿Por qué te ví...? ¿por qué, pobre viajero,
 al pasar, con mi vida del dolor,
 del triste mundo por el ruin sendero,
 ví en mi camino tan hermosa flor?

¿Por qué ví su belleza y sus primores
 y su lozano cáliz de rubí,
 si su aroma, su brillo y sus colores
 no nacieron ¡ay triste! para mí...?

¿Por qué te ví...? porqué de tus pupilas
 la lumbre pura y celestial virtud,
 mis ideas cansadas y tranquilas
 alzaron con tan plácida inquietud?...?

Yo soñé, en mi niñez la luz fulgente,
 de un tibio y dulce, embelesante sol,
 y de una aurora limpia y esplendente
 el purpurino y mágico arrebol:

Yo soñé de una púdica azucena
 la pureza sublime y virginal,
 y la blancura de atractivos llena,
 y el aroma divino y sin rival.

Yo soñé en mi ilusion embebecido
 un misterioso y deslumbrante ser,
 un astro en los espacios suspendido,
 una sublime, angelical mujer...

Y todo sueño fué...! nunca á mis ojos
 ávidos de emociones y de amor,
 lucieron por su mal y sus enojos,
 ese sol, esa aurora y esa flor.

En vano el mundo recorrí anhelante
 tras mi dulce, fantástica beldad;
 jamás logré cansado y delirante,
 de mi sueño encontrar la realidad.

Y desolado y misero y sin calma,
 presa de mi amargura y frenesí,
 ayes lanzando, desgarrada el alma,
 así muriendo con mi azar viví...

Te ví despues tan bella y seductora
 y á la ecsistencia plácida torné,
 al mirar en tu cara encantadora
 las sublimes delicias quo soñé...

La lumbre de mi sol hallé en tus ojos
 de un hermoso y brillante Querubin,
 y en tus lábios dulcísimos y rojos
 de mi aurora el lucífero carmin:

De mi azucena en tu nevada frente
 la blancura y pureza virginal,
 y en tu aliento suavísimo y vehemente
 su aroma delicado y celestial:

Candor, belleza, gracias, donosura...
 todo en tu cara angelical lo hallé:
 brillantes rasgos de la ninfa pura
 que en mi florida juventud soñé.

Mas... ¡ay! ¿por qué te ví...? ¿por qué el sudario
 rasgaste de mi pobre corazon,
 al erigirte en él un santuario,
 si has de matar su férvida ilusion...?

Por qué te ví...? ¿por qué tu gèntileza
 he de amar con tan ciego frenesí,
 si tus gracias, tu encanto y tu belleza
 no nacieron ¡ay triste! para mí...?

LA ESPERANZA.

Es la esperanza una luz
que al corazón ilumina,
y hácia la cual se encamina
de ilusion en ilusion:
Es como el fanal brillante
que el náufrago vé de lejos
y cuyos dulces reflejos
alumbran su corazón.

Es el incierto sendero
en el que el hombre se lanza,
observando en lontananza
siempre su felicidad.
Y en el que al romper el velo
que nubla sus turbios ojos,
mira no mas los abrojos
de la triste realidad.

Es la balsámica rosa
que el blando céfiro mece
y al calor plácido crece
del vivificante sol;
Pero á que si mano osada
de su planta la despoja,
en un punto se deshoja
y marchita su arrebol.

Es el agua que al viagero
el desierto le presenta,
y que mas su sed aumenta
al contemplarla un cristal:

Es la libertad del hombre,
 la que sus pesares calma,
 dando expansion á su alma,
 en la cárcel mundanal.

Es de la mísera vida
 la grata y dulce ventura
 y en ella ¡infeliz! se apura
 hasta la hez del dolor;
 Solo esperanzas se crean
 solo deseos sin cuento,
 que matan el pensamiento
 con veneno destructor...

.....

Si es una luz la esperanza
 que al alma alumbra y complace,
 y que soportar nos hace
 de la ecsistencia la cruz;
 ¡Qué horriblemente penosa
 y qué amarga y combatida
 deberá ser una vida
 cuando se apague esa luz!!!...



A LA VIRGEN.

¡Flor predilecta del vergel del cielo!
 ¡blanca paloma de inocencia pura!
 ¡ángel de paz! que al estender tu vuelo
 dejaste al torpe y corrompido suelo
 subiendo á la mansion de la ventura!

¡Estrella limpia de la azul esfera!
 ¡lumbre radiante que mis pasos guía!
 acoje mi plegaria lastimera;
 la culpa olvida que me acosa fiera,
 y luzca ya de mi perdon el día.

Hoy contrito á tus pies; Madre amorosa!
 brota del corazon llanto prolijo,
 que al mirarte agoviada y pesarosa,
 mi alma se conturba fatigosa
 pues dió la muerte á tu sagrado Hijo.

La muerte, si; que por salvar el mundo
se revistió de terrenal materia,
y de cariño y paz siempre fecundo,
rompió los lazos del pecado inmundo
que sugetaban la humanal miseria.

Y tú que pobre caminar le viste
llevando en hombros el madero santo,
¿cómo tal pena soportar pudiste?
¿cómo víctima al fin no sucumbiste
al mirarle en tan mísero quebranto?

¡Ver á un hijo morir...! verle inocente
objeto ser de la cobarde saña
de un pueblo desbordado y delincuente,
que le arrastraba bárbaro, insolente,
con sed de sangre y con fiereza estraña.

¡Ver á un hijo morir...! á un hijo amado,
parte del corazón la mas querida,
y desvalido, triste y azotado
y de agudas espinas coronado
verle perder con lentitud la vida...!

¡Verle así padecer! y acompañarle
paso tras paso en el fatal suplicio,
sangriento y desgarrado contemplarle
y no poder su madre libertarle
del feroz, inhumano sacrificio.....!

Es cruel! muy cruel!. ¡oh! que amargura
no sentirias en tu pecho amante,
mirándole en tan grave desventura,
siendo lá befa de la turba impura
y enclavado en la Cruz y agonizante!

Es cruel...! muy cruel! verle sediento,
sin poder apagar su sed divina,
y luego destrozado, macilento,
tenerle entre tus brazos sin aliento
y ajada su belleza peregrina....!

¡Mirarle padecer sin un consuelo
y no morir con tu pesar agudo...!
solmente, Madre, en su poder el cielo
que velaba por ti con santo celo
darte valor en tus dolores pudo....

Si el pensamiento en tus angustias fijo
no hallo dolor que á tu dolor le cuadre,
porque viendo sufrir á un tierno hijo,
¿quién dirá que lo siente mas prolijo?
el hijo triste ó la aflijida madre...?



EL ASTURIANO.

CUENTO.

A Madrid un asturiano
 fué la fortuna á buscar,
 dejando allá en su lugar
 á su padre que era anciano.

Con facultades no escasas
 sin duda que el tal medró,
 pues al año le escribió,
padre! ya tengo diez casas.

Es indecible el contento
 que originó esta noticia
 al viejo, quien en justicia
 hizo este razonamiento.

«Bien decía yo que Manuel
 no era al fin nengun borrico!
 caball y pues se ha hechu ricu,
 entonces, vóime con él.»

Hizo á la corte el viaje,
 y con sorpresa y sin calma,
 vió á su Manuel de su alma
 tan mugriento y tan salvage.

Por lo cual le dijo:—Dí
 ¿no me escribiste hace dias
 que ya diez casas tenias?
 purqué, pues, te encuentru así?—

Y el hijo con gravedad
 mirándole de hito en hito
 le contestó:—si lu he escrito,
 lu escribí, porque es verdad.

Y véame yo en una fragua
 si le mentí; non señor:
 desde que soy aguador
 tengo diez... dunde echar agua.

UN BESO!!!

¡Cuán dulcísima es la vida!
 ¡Cuán grata y de encantos llena,
 cuando apacible y serena
 y en su divina ilusión,
 una boca enamorada
 con blando y suave embeleso,
 sella en nuestra boca un beso
 nacido del corazón!

¡Cómo el alma conmovida
 en su tierno arrobamiento,
 aspira en ese momento
 los ambientes del Eden!

¡Y cómo la mente loca,
 luciendo de amor las galas,
 se remonta con sus alas
 á las regiones del bien!

¡Y cómo en su desvarío
 por prisma de mil colores,
 vé un mundo lleno de flores,
 un encantado pensil;
 donde rica de perfumes
 con las rosas juguetea,
 y en mecerlas se recrea
 el aura blanda y sutil!

¡Y cómo vé en su delirio
 un cielo lleno de estrellas,
 refulgurantes y bellas
 y de sublime atracción!

¡Y cómo surca el espacio
 y en sus delicias se agita,
 y vuelve y se precipita
 á los pies del corazón!....

Un beso!... mágico encanto!
 del alma luz soberana!
 ¡flor que la brinda liviana
 el aroma del placer!

¡Óptica de mil colores
 por la que se vé encendido,
 un mundo desconocido
 en la faz de la mujer!

Sí! que la mente turbada
 en ese dulce momento,
 se rinde en su sentimiento
 á un sueño fascinador;

y esas estrellas que mira
 son los ojos de la hermosa,
 que en mirada voluptuosa
 le esplica todo su amor:

Y las flores sus mejillas,
 suave tela de amaranto,
 y sus labios el encanto
 de su hechicero pensil;
 y el ambiente que respira
 con tierno estremecimiento,
 es su perfumado aliento
 ardiente, blando y sutil.....

¡Un beso!... dulce es la vida,
 preciosa y de hechizos llena,
 cuando apacible y serena
 una boca angelical,
 enamorada y ardiente
 con afición y embeleso,
 sella en nuestro labio un beso
 dilatado y celestial!.....



LA VIEJA Y EL CHARRÁN Y

Cuento.

Por las calles de mi tierra
 con aire de rumbo y taco,
 pulmon de estuco y diamante,
 el pecho saliente y alto,
 propio y marcial contoneo,
 movimientos de desgarro,
 las manos en las caderas
 y un cenacho en cada brazo,
 iba un charrán de la playa,
 orgulloso pregonando
 —mas branquitos que la prata,
 boquerones á once cuartos...!—

Así anduvo muchas horas,
 sin hallar un parroquiano,
 ni un alma santa y bendita,
 aficionada al pescado,
 que le aliviase del peso
 que llevaba en los cenachos,
 cuando en una callejuela
 larga y oscura de un barrio,
 abrióse al fin una puerta
 y apareció un espantajo;
 diré mejor una vieja
 que pasaba de cien años,
 chiquitilla, encanijada
 y seca como un espárrago,
 la cual, á comprar dispuesta,
 sacaba en la mano un plato.

Llamó al charrán, que al momento
 acudió, lleno de garbo,
 y entre los dos entablóse
 con viveza este diálogo—

—Agüela! vaya una gloria!
 mirelososté que blancos,
 mas que la nieve—son frescos?
 —pues no los ve osté bailando?
 si salieron con er dia...
 una libra? dos? tres? cuatro....?
 aparosté...—y entreabriendo
 los diez dedos de las manos,
 cojió gran porcion de pesca
 para trasladarla al plato,
 creyendo en aquel momento
 desocupar los cenachos;
 mas la vieja conteniéndole
 le dijo—no quiero tantos;
 venga un cuarto é boquerones
 y que estén mu bien pesaos,
 porque sinó no los tomo.
 —Jesú! agüela, qué espirfarro... —
 exclamó el charran al punto,
 mientras metia ambos brazos
 por las asas, disponiéndose
 á proseguir pregonando:
 mas no queriendo marcharse
 sin hacer ni decir algo,
 se aprocsimó de puntillas
 á la vieja y con descaro
 y picaresca sonrisa,
 la preguntó por lo bajo
 —digaste, agüela, sin mieo...
 ¿vaste á tené conviaos?—



LA VIDA Y EL MAR.

¡Qué pavor el alma siente
 en las horas de la noche,
 cuando revuelta se viste
 de funerales crespones!

¡Cómo el pecho se comprime
 y el aliento se recoge
 y se quebranta el espíritu
 y la voluntad se rompe,
 si se escuchan los rugidos
 de los bravos aquilones
 y zumba el trueno y se agita
 el mundo sobre sus gonces!

¡Cómo el pensamiento vago
 otras esferas recorre,
 apiñándose medrosas
 mil confusas reflexiones!
 ¡Y cuál el prado se enluta

y se confunden los bosques
 y los árboles se agrupan
 y se duplican los montes!
 que al levantarse las sombras,
 faltas de vida y colores,
 presentan en negro cuadro,
 triste panorama informe
 de lóbreguez y de espanto
 y fantásticas visiones,
 !Y cómo del mar tranquilo
 se despiertan los furios!

El mar...! El mar...! ya sus olas
 forman montañas enormes
 de espuma, que se remontan
 y vienen y van veloces:
 ya reventando renacen
 y renaciendo trasponen,
 y chispean rebramando
 y aparecen y se esconden
 y de la desierta playa
 combaten la arena inmoble.

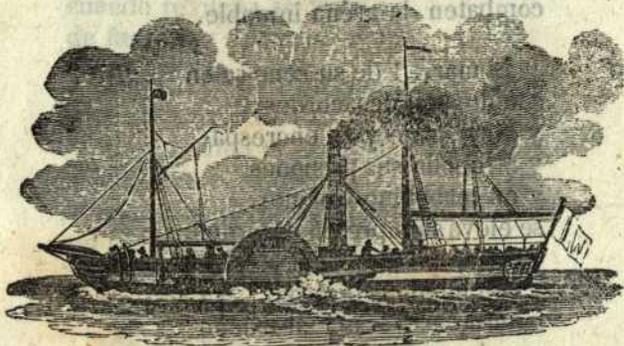
El mar...! de su seno salen
 sonidos mil desacordes
 y gime, ruje y se encrespa
 y atropella sus prisiones
 y en torbellino violento
 se eleva siempre en desórden,
 y erizando su melena
 y con mugidos feroces
 muerde las rocas y al trueno
 escede en fragor entonces.

El mar...! allí se dibuja
 al confín del horizonte
 débil batel que zozobra

sin rumbo fijo y sin norte,
 y las ondas lo levantan
 y sacuden con sus choques,
 y gira, vuelve y se para
 y llama y nadie responde,
 que naturaleza es muda
 á los dolores del hombre.....

Pobres náufragos! murieron!...
 el fanal de sus amores
 no alumbró de su esperanza
 las brillantes ilusiones,
 y resistir no pudieron
 de la tormenta los golpes...

Así es la vida, se agita
 y en lucha afanosa corre
 y débil al fin zozobra
 en el mar de las pasiones.



LAS PUÑALAS Y EL PARNE.

Cancion andaluza

puesta en música por el maestro D. A. Mercé é incluida en un magnífico album regalado á S. M. la Reina doña Isabel II.

Aquí estoy, serrana mía,
 con la via
 dispuesta á reñí por tí:
 er moso cruo que quiera
 que jeche er cuerpo asia fuera
 que un jembro lo aguarda aqu.
 Y er que se atrieva con yo,
 no que nó!...
 ya está con las boqueás;
 y que no lo sé jasé
 sinó me arria el parné
 le encajo mir puñalás.

Cuando en la reja, graciosa,
 salerosa
 me largas una miraá,
 me regüerves la consencia,
 y me jierve la pasensia
 lo mesmo que una colaá...

¿Te se antoja un potusí...?
 dí que sí
 lo verás aquí traé...
 pa tí se jiso er Pirú,
 en cuanto digas, josú!
 ya tienes aquí el parné.

Tengo mas fuerza que un güey,
 y mi ley
 siempre se ha de respetá:
 ar que me mire de lao,
 me lo como de un bocao
 sin siquiera resueyá.
 Por tí, mi gloria y mi sor
 y mi amor,
 soy de toitico capas,
 y tengo, como lo ves,
 pa tí, serrana, el parnés,
 pá los hombres, puñalás.



A UN NARDO MARCHITO.

Improvisada.

¿Porqué, pálida flor, cuando tus hojas
mústias y ajadas á su muerte van,
despiden tan suavísimo perfume
y una esencia tan pura y celestial?

Cuando doblan sus pétalos las flores
á impulso del estio abrasador,
¿no pierden sus aromas y frescura
y su mágico hechizo y su esplendor?

Y ¿porqué tu que plegas la coróla
y te arrugas, marchita ya en tu fin,
aun guardas en tu seno tal encanto,
tan delicioso y plácido elixir?...

Ah! venturoso tu, nardo hechicero,
que al dejar de las auras el solaz,
pasaste á los cabellos de una hermosa
y besaste sus lábios de coral.

Por eso de tu cáliz aun escaldas
tan blando, rico y celestial olor,
que al recibir su aliento perfumado
se dobló tu perfume seductor...

Otras flores altivas en su tallo,
 mecidas lentamente en su jardin,
 cual nacen, esparciendo sus aromas,
 solas con su dolor mueren allí.

Y quizá por su lecho funerario
 pasa atrevido y misterioso pié,
 que huella su matiz pobre y marchito
 sin respetar siquiera lo que fué.

Mas tu, nardo suave y nacarado,
 que lograste en las manos reposar
 de una maga sencilla y pudorosa,
 ornamento del mundo terrenal,

No tendrás ese fin; no habrá una planta
 que pise de tus hojas el blason;
 yo te daré, obsequioso y placentero,
 un sepulcro en mi ardiente carazon.



EL AMOR DE UN REY.

Comedia histórica en un acto y en verso.

EPOCA—AÑO DE 1524.

No deberá representarse en ningun teatro del Reino,
sin permiso del autor, de quien es propiedad.

Personages.

Doña Esperanza—

Doña Gomez, su dueña—

El emperador Carlos V.—

D. Alvaro de Guzman—

Nuño, joven de 12 años—

Un capitán de guardias—

La accion se supone en Valladolid y en casa de Doña Esperanza: sala alhajada con elegancia; puerta al fondo é izquierda del actor: ventana á la derecha: sillones y un velador con candelabros y luces: es de noche.

ACTO UNICO.

ESCENA I.

D.^a Esperanza—D.^o Gomez.

Esta observando en la ventana: aquella en medio de la estancia mostrando agitacion.

Gomez.

A nadie veo, señora;

la noche esta tan oscura...

Esperanza.

Dos noches ya...! Oh desventura...

Gomez—

apartándose de la ventana.

Calmad ese llanto ahora.

Esperanza.

Que deje dices el llanto?

no sabes tu, por mi vida,

cual es del alma la herida

que la causa mas quebranto.

El amor, dueña, el amor,

que si es padre del placer,

es hijo del padecer

y hermano fiel del dolor.

El amor que al penetrar

en nuestro pecho, invisible,

nos causa un bien indecible

y un indecible pesar.

Bella y amarga pasion

que si tiene horas divinas,

tiene tambien mil espinas:

que punzan el corazon.

Oh! si, el amor es un bien;

pero es al alma fatal,

si en su fuego celestial,

recibe en premio el desden,

- Gomez.** Yo, á la verdad, lo confieso,
en semejante certámen,
no puedo dar mi dictámen,
pues jamás entendí de eso.
- Esperanza.** Cómo! jamás diste fé
ni amaste tu?
- Gomez.** Y no os asombre!
- Esperanza.** No has amado nunca á un hombre?
- Gomez.** Nunca!
- Esperanza.** Infeliz!
- Gomez.** Y porqué?
- Esperanza.** Porque ese es el bien mayor
que nos concediera el cielo;
es el mas dulce consuelo
del corazon.
- Gomez.** El amor?
Pues no acabais de decir
que son duras sus cadenas,
que no ofrece mas que penas
y amarguras y sufrir?
- Esperanza.** Es verdad! pero en razon
cien horas de sufrimiento
y de ponzoña y tormento,
son nada en comparacion
de un minuto, de un instante
en que un amante nos dice
«yo te adoro» y nos bendice,
y mucho mas si ese amante,
llega de tierno interés,
es valiente y es galan,
y bello cual mi Gozman,
porque mi Alvaro lo es,
no es verdad? que bizzaría
y que nobleza en el talle
cuando pasa por la calle
el alma se me estasia.
- Gomez.** Aunque en ese punto callo,
sabré decir que en amor,
mas vale un emperador
que el mas illustre vasallo.
- Esperanza.** Calla por Dios! has traído
á mi memoria un recuerdo.
- Gomez.** Permitidme, pero es lerto.
- Esperanza.** Doña Gomez... no has oído...?
- Gomez—** *asomándose.*
Nada! nada! vano afán!
no hay nadie por vida mia
esperarle estuberia.
- Esperanza.** Qué será de mi Guzman?
dos noches ya sin venir.
- Gomez.** Os habré dado al olvido.

- Esperanza.** El tan tierno y tan rendido....?
- Gomez.** Pues como os iba á decir, debeis tener reflexion: huérfana de padre y madre á lo que mejor os cuadre debeis dar inclinacion. Sola aquí en Valladolid necesitais un amparo, y vos estais....
- Esperanza.** Habla claro
- Gomez.** y de una vez.
- Gomez.** Pues oid.
- D. Alvaro de Guzman, vuestro amante predilecto, es un mozo muy perfecto, muy bizarro y muy galan. Dios me libre de injuriarle, hasta que vos le estimeis, mas ¿cómo ciega podeis con el otro compararle?
- La duda fuera un error, que aunque Guzman vale algo, ¿cómo se iguala un hidalgo a todo un emperador? Gran Dios! pues no es muy distinto, y por fin... vamos...! si fuera un emperador cualquiera, pero el César Carlos quinto....
- Esperanza.** Calla, que te puede vir D. Alvaro.
- Gomez.** Va! qué afán!
- Esperanza.** No dirás, dueña, á Guzman que el César suele venir á mi casa?
- Gomez.** Tontería.
- Esperanza.** no lo diré, no señora. A saber que me enamora el dolor le mataria. Mas ¿cómo lo he de evitar? quien su casa ha de prohibir al Rey que digna decir voy tu humilde casa á honrar? A honrar...! supremo favor! y mientras tal frase emplea, tan solo tiene la idea de arrancarnos el honor.
- Gomez.** Va! va! va! que tal digais? damas de muy alta cuna anhelarian la fortuna que vos, niña, despreciais.
- Esperanza.** Basta ya! tengo mi ley

- Gomez.** en el corazon: mas quiero ser esposa de un pechero que favorita de un roy. Ahí es nada! ser la dueña de un corazon imperial.... el paraíso terrenal. . ¡que vida tan halagüenal... (me paga por qué hable así...)
- Esperanza.** Te advierto...
- Gomez.** Yo os aconsejo...
- Esperanza.** Que no te pido consejo ni lo he menester de ti.

ESCENA II.

D. Gomez.

Mucho estima la rapaza á D. Alvaro Guzman, y el emperador la adora segun se suele explicar; necesario es convencerla... yo me inclino á la verdad al César... y ¿qué he de hacer? ¿cómo me fuera á negar á un Rey de tal poderio tan dadivoso y galan?... me acuerdo que cuando vió á Esperanza, vino acá un dia y me dijo—«dueña! haré tu felicidad si logras de tu señora los desdenes domeñara— y al mismo tiempo, en la mano, con largueza sin igual, me puso un bolsillo lleno de escuditos, que al contar me hallé con ciento cincuenta y el bolso rico además... Don Alvaro ¿qué me ha dado? un ducado á su pesar... vamos! estoy decidida doblaré su voluntad, y no por mí desde luego, por ella, hablando formal que la ví nacer y anhele

su bien y felicidad...
 y luego Nuño, su hermano,
 bajo la sombra imperial,
 alcanzará una carrera
 brillante y alcanzará,
 si viene á mano, privanza
 y favores y algo mas...
 pero... en mentando al ruin
 no hay que decir, aquí está.

ESCENA III.

Doña Gomez—Nuño, (por el foro de prisa).

Nuño. Hermana!
Gomez. Qué la quereis?
Nuño. Y mi hermana? donde está?
Gomez. Qué sé yo?... pero! qué es eso?
 estais temblando!
Nuño. Es verdad...
 ahí viene el emperador
Gomez. El emperador?
Nuño. Caball
 estaba yo en esa calle,
 cuando le he visto doblar
 la esquina, y lo he conocido
 por ese que trae detrás
Gomez. siempre; sí... por el soldado.
 Ah! ya! será el capitán
 de guardias que le acompaña..
 pero ¿porqué ese temblar?
Nuño. Toma! como es tan severo...!
Gomez. Es un hombre nada mas
 como otro cualquiera... vaya!
 voy á esperarle al zaguan;
 mientras, llamad á la hermana...
 tened mas serenidad...
 (voy á ver si adelantándome
 alguna cosa me dá)

ESCENA IV.

Nuño—después el Emperador.

Nuño. No sé por que tengo un miedo..

sino puedo respirar... y eso que siempre me habla...

Emperador—dentro.

estaos aquí, capitán.

Capitan—

idem. Bien, señor.

Emperador—entrando.

Nuño! y tu hermana?

Nuño Señor!

Emperador. Id, dueña, á llamar

á Doña Esperanza.

Gomez.

voy.

(nada me ha dado en verdad).

ESCENA V.

Emperador y Nuño.

Emperador. Nuño!

Nuño.

Señor!

Emperador.

Siéntate.

Nuño.

Señor, en vuestra presencia...

Emperador. No importa, te doy licencia.

Nuño. No sé si debo...

Emperador.

Hazlo á fé.

Nuño se sienta enjugándose las lágrimas.

Porqué lloras?

Nuño.

La verdad!

Señor, de agradecimiento;
no tengo merecimiento
para tamaña bondad.

Emperador.

No llores por mi salud!

aunque sienta el alma tanto,

nunca debe ser el llanto

señal de la gratitud.

El puede encubrir el dolor:

si en los nobles corazones

hay gratitud, las acciones

deben mostrarla tan solo.

Deja el llanto, cubre tu alma

con una dura corteza;

el valor y la rudeza

sustituyan á la calma

de tu juventud; si estás

á las armas inclinado,

hazte fuerte, que un soldado

no debe llorar jamás.
 De tu corazon destierra
 ese juvenil candor,
 y siembra en él el valor
 que se requiere en la guerra:
 Y cuando en la fiera lucha,
 al son de los atambores,
 lleguen á tí los clamores,
 y el estruendo que se escucha;
 y luego veas que las crines
 los corceles espumantes
 van erizando arrogantes
 al escuchar los clarines:
 cuando contemples primero
 que á impulso de la metralla
 el lienzo de una muralla
 se desploma todo entero;
 y veas luego en la acción,
 absorto de asombro sumo,
 la niebla de polvo y-humo
 que hace el tiro del cañon:
 y que despues en la lid
 solo por cuestion de un nombre,
 lucha un hombre con un hombre
 brazo á brazo, como un Cid:
 y cuando llegue profundo
 y lastimero á tu oido,
 quizás el postrer gemido,
 estertor del moribundo;
 y absorto mires despues
 que el mas valiente soldado
 á tiros acribillado,
 cadáver yace á tus pies:
 y cuando en ruido que espanta,
 á tí llegue sonora, impia,
 esa infernal griteria
 que en la guerra se levanta;
 y luego enorgullecido
 alcance á tí la victoria,
 ó cuando salto de gloria,
 te mires triste y vencido,
 que no tiembles por mi vida,
 tranquila y serena el alma,
 ostenta grave y en calma
 siempre la cabeza erguida:
 Y si alguno en ese instante,
 forzándote con la punta
 de una lanza, te pregunta
 porque estás tan arrogante,
 solo esta respuesta fiel
 le darás:—este valor



lo debo al emperador,
 id á preguntarlo á él.
Nuño. Gracias, señor; permitid
 que os bese la noble mano;
 el consejo acepto ufano
 ya soy vuestro, decidid.
 Os serviré con lealtad;
 no habrá en el mundo soldado
 mas fiel, ni mas obligado
 que yo á vuestra magestad.

Emperador. Brabot! jóven: siendo así
 cuenta conmigo.

Nuño. Que honor!...
 mi hermana viene, señor.

Emperador. Pues bien, Nuño, sal de aquí.

ESCENA VI.

Doña Esperanza. El Emperador.

(Este se levanta y dice saludando)

Emperador. Luz de mis ojos; de beldad modelo;
 hermoso serafin de mis amores,
 tu eres el sol brillante de mi cielo,
 tu de mi corazón grato consuelo
 y la mas pura flor entre mis flores.

Esperanza. Señor, tanta bondad....

Emperador. Si, mi Esperanza!

Esperanza. Porqué, Señor mi súplica evitais?
 ¿porqué en mi soledad no me dejais
 y entregada á mi paz y á mi bonanza,
 ¿porqué ya vuestro afán no abandonais?

Emperador. Abandonarte yo? cómo pudiera
 olvidarte mi alma que te adora?
 moriría, mi bien, si te perdiera:
 ninguna es, como tu, tan hechicera,
 ninguna, como tu, tan seductora.
 Tu eres aquí para la España mía,
 lo que la rosa para el lindo prado
 que á los albores del risueño día,
 ufana de perfume y lozania
 despliega su capullo nacarado.
 Bella como el albor de la mañana
 cuando en el grato y vaporoso estío,

con tierna mano, bienhechora, ufana,
sus galas rompe de zafir y grana
esparciendo suavísimo rocío.

Abandonarte yo, luz de mis ojos?

Esperanza. Y a qué insistir en vuestro ciego empeño?

Emperador. Y siempre insistiré; de tus enojos
menester es que quiebres los abrojos
mirando el porvenir grato y risueño.

Pide en cambio á tu amor: habla, reclama
galas, joyas, espléndida fortuna;

habla, por Dios, y envidiará tu fama
la mas hermosa y deslumbrante dama
que haya en mi corte de elevada cuna.

Mi pasión sin igual será tu egida,
y de mi trono á la esplendente sombra
amada vivirás y enriquecida;

de mi cetro serás la protegida
y mi manto imperial será tu alfonbra.

Forma en tu corazón cualquier deseo;
vuelve á do quiera tus lucientes ojos;

pide á mi amor tesoros ó recreo;
cuanto pueda inventar el devaneo
ó el capricho tendrás á tus antojos.

Y no crearé, Esperanza, en mi memoria
ninguna idea por grandiosa y bella,
que no tienda á aumentar tu brillo y gloria;

en la campaña desearé victoria
para decir despues—todo por ella!

Contigo y con mi Dios siempre constante
partiré mi vivir, y si en momento
de combate feroz, duro, arrogante,
me dan la muerte, mandaré anhelante
mi alma á Dios, á tí mi pensamiento.

Esperanza. Basta, señor; dejad esa quimera
que os forja la ilusión por mi deshonra:
mi soledad prefiero placentera;
dejadme en mi orfandad hasta que muera,
sino rica y brillante, con mi honra.

A haber nacido vos en otra cuna
de menos timbre y de menor valía,
no fuera á vuestro amor tan importuna:
quizá mi corazón, sin tal fortuna,
humilde á vuestro ruego inclinaria.

Si fuérais, como digo, en la balanza
de la grandeza mundanal distinto,
quizá viérais en mí fácil mudanza;
pero no siendo así, D.^a Esperanza,
la dama no será de Carlos quinto.

Emperador. Esa ilusión fantástica abandona;
el mundo solo de oropel se precia:
todo en él con el oro se eslabona

- Esperanza.** y al saber tu desprecio á una corona te dará en galardón nombre de necia. Pues bien, señor, si es tanta su insolencia que alza de indignación sordo murmullo porque supe oponeros resistencia, tranquila y resignada en mi conciencia levantaré la frente con orgullo; y á esa turba soez que de mí ría, sabré decir, también de ella riendo, si es tu sangre tan negra y tan impia que de oropel tu corazón se fia, véndelo tu inmoral, yo no lo vendo.
- Emperador.** Conque es decir que mi trabajo es vano y tus desdenes á vencer no acierto?... yo no sé porque en ellos un arcaño penetro á mi pesar... Dios soberano! ay de tí si descubro...! te lo advierto: vendré mañana por la vez postrera á ver si esas imágenes que agitas en tu mente, has deshecho lisongera: piénsalo y ¡ay de tí! si aun altanera miré al corazón misera irritas.

ESCENA VII.

Dichos—El Capitan—(en el fondo).

- Capitan.** Señor!
- Emperador.** Qué hay?
- Capitan.** Dispensadme! como os dignáteis mandar que os avisase si habia...
- Emperador.** Qué hay de nuevo, capitan?
- Capitan.** En palacio en este instante acaba de desmontar un enviado de Italia, según dice, de Milan, con un pliego...
- Emperador.** Para quién?
- Capitan.** Para vuestra magestad.
- Emperador.** Es urgente?
- Capitan.** Creo que sí.
- Emperador.**—(aparte á doña Esperanza). Hermosa...! no os digo mas.

ESCENA VIII.

D.^a Esperanza—después—D.^a Gomez—Nuño.**Esperanza**— (pausa).

Dices que vendrás mañana
amagando con tus iras
á la misma á quien adoras,
mañana será otro día....
estoy resuelta... no hay medio....
D.^a Gomez....!

*(Llamando: esta sale luchando con Nuño que la trae abrazada.)***Gomez.**

Qué polilla!

dejadme, Nuño, dejadme!

Esperanza.

Que es eso?

Gomez.

Virgen santísima!

este rapaz que me acosa...

Nuño.

Tengo, hermana, una alegría...
el emperador me ha dicho...
que desde hoy me apadrina...
y que seré con su apoyo...
un grande hombre en la milicia;...
y de júbilo abrazaba...
á la dueña.

Gomez.

Santa Brígida!

y que abrazos! por poquito

me hace vomitar las tripas.

Esperanza.

Jesus! Jesus! que sofocó!

Gomez.

Doña Gomez, Nuño, oid:

por una causa precisa,

que no os debo revelar,

pero que es grave y legitima,

los tres con grande sigilo,

sin que nadie se aperciba,

saldremos en esta noche

de Valladolid.

Gomez.

Que prisa!

y adonde vamos, señora?

Esperanza.

Lo sabrás á la hora misma

de partir: preven las ropas,

el dinero...

- Nuño.** Hermana mía!
pero ¿qué nos ha pasado?
quién el viaje origina?
- Esperanza.** Ya lo sabrás, entretanto...
(habla con él en voz baja.)
- Gomez.** (Ave Maria purísima
no comprendo este repenel
me ha dejado sorprendida)
- Esperanza.** Ven, hermano; doña Gomez,
no os descuideis andad lista,
que á las tres de la mañana
emprendemos la partida.

ESCENA IX.

Doña Gomez.

Pues Señor, no lo comprendo...
salir con secreto ardid...
callal iremos á Madrid?
y á qué?... vaya! no lo entiendo...
Jesus, qué cabeza ruda!
ya caigo! á quien se le antoja...?
no tiene vuelta de hoja...
eso... pues...! no admite duda.
Y yo, imbécil, no me acuerdo
que el emperador ha estado...
cabal! ellos han hablado
y ambos están ya de acuerdo.
Y la llevará á vivir
á donde quiera; es muy justo
que solo se haga su gusto...
la pudo al fin consentir.
Y no caer! qué alcornoque!
ya estoy por Dios satisfecha;
me prometo de esta hechal
un magnífico alboroque...
Oyense los preludios de un laud que duran hasta que empieza el canto.
El tonto con su querrellal
ya está ahí el bobalicon...!
anda, anda con tu canción
que ya te quedas sin ella.